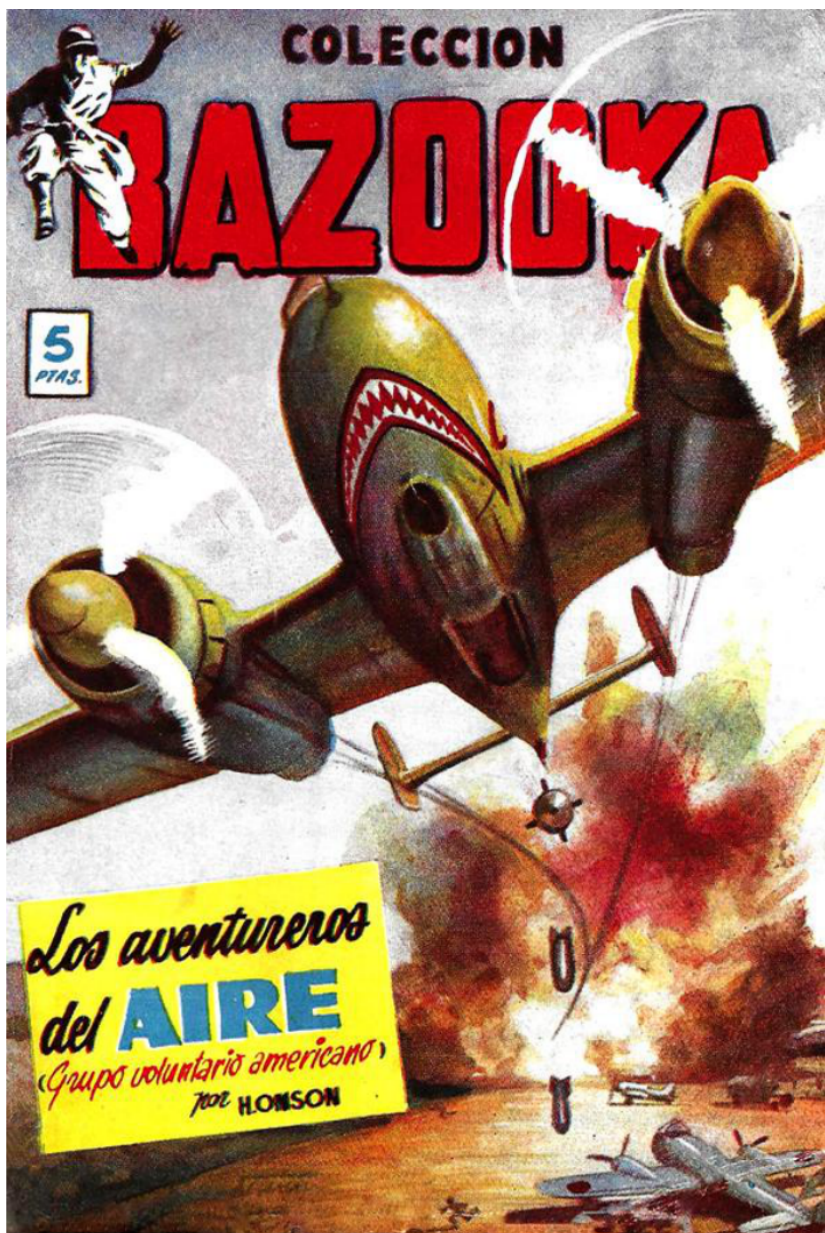




Los aventureros
del AIRE
(Grupo voluntario americano)
por H. OMSON

Aventureros del aire

NOVELA DE
H. ONSON



PATRICIA
GRATTAN

CAP. GATLING

MAYOR PRICE

Aventureros *del aire*



INTRODUCCIÓN

La guerra en China parecía un mal endémico. Tras la derrocación de la dinastía imperial en 1911, el inmenso país no conoció la paz ni la ocasión de reconstruirse. Entre sí combatían los generales, rebeldes siempre contra el poder supremo. Los jefes de distintas provincias se atacaban, considerándose como jefes de naciones independientes. Por otra parte, las distintas tendencias levantaban ejércitos para imponerse sobre las otras. Pasaron los años. China declaró, en 1917, la guerra a los Imperios Centrales de Europa. Pero las contiendas civiles siguieron. Chang-Tso-Lin, gobernador de Manchuria, combatió contra las fuerzas comunistas chinas. Feng-Yu-Sinag, el general cristiano, seguía batiéndose contra todos sus enemigos. Pekín cayó en manos de las fuerzas nacionalistas de Chiang-Kai-Chek y la capital fue establecida en Nankin. Concluía el año de 1928. Pero la paz no había llegado. Continuaban las discordias civiles entre los gobiernos de Nankin y de Hankow, y entonces los japoneses intervinieron en China.

La guerra tomó un carácter más feroz y la dominación nipona se extendió por el Norte, en Manchuria, en Mongolia. En la costa, varios puertos fueron ocupados por los soldados del Tenno.

China necesitó de todos sus esfuerzos y comenzaron a contratar voluntarios extranjeros, a ser posible con especialidades técnicas o con conocimientos militares. Ingenieros, mecánicos, médicos, profesores, aviadores y oficiales de distintos ejércitos fueron llegando en sucesivas jornadas.

Siguieron pasando los años y la férrea máquina militar japonesa, sin detener la vida de su nación, fue extendiéndose por China, en distintas ofensivas, casi siempre victoriosas.

Por aquella época un capitán de aviación americana, nacido en la Luisiana, de abolengo criollo, se retiraba del servicio activo. Enjuto, con la cara surcada de arrugas y el gesto agrio, Claire

Chennault no encontró nada que hacer en los Estados Unidos y marchó a China a organizar una compañía de transportes aéreos. Poco a poco, esta empresa se convirtió en una fuerza de combate, llamada oficialmente Grupo Voluntario Americano y conocida entre los combatientes como los «Tiburones del Aire».

Chennault, con el grado de coronel, aumentó los efectivos de los aviadores de caza, hasta reunir en torno suyo una heroica pléyade de pilotos audaces y suicidas. Entre aquellos hombres figuraban toda clase de seres, aventureros, mercenarios, desesperados, enamorados del aire y aviadores militares que querían conocer mejor la guerra por si su país se veía envuelto en ella.

Combatieron hasta que los Estados Unidos se vieron mezclados en la segunda Guerra Mundial, aumentando después hasta convertirse en una división aérea. Esta historia pretende representar su epopeya antes de que su nación se viera envuelta en el conflicto, cuando luchaban solos en China.

A mediados de 1940...

CAPÍTULO PRIMERO

COMO LA SUERTE LO DISPUSO

Patricia Grattan saltó del camión y contempló el amplio hospital donde iba a prestar sus servicios.

El vasto panorama de China, triste y desolado, se extendía ante sus ojos, presentándole toda la ruda crueldad de la guerra. Junto al hospital, unos soldados de ojos oblicuos montaban guardia, y en torno a él unas mujeres, con los niños en brazos, esperaban turno para ser atendidos. Patricia se estremeció. Sin embargo, se dijo que debía ser fuerte y seguir adelante. Aquél era Su puesto y no podía desertar de él como antes lo había hecho.

Cargó la maleta y se dirigió decidida hacia la entrada. Había llegado a Hongkong una semana antes, procedente de los Estados Unidos y en camiones militares y trenes aglomerados, había hecho el viaje hasta aquel pueblecito donde la habían destinado.

Patricia tenía veinticinco años y era enfermera. Pero cuando estudiaba nunca imaginó que la vida la llevara a un lugar tan lejano y tan maltratado por los acontecimientos. Confió siempre que trabajaría en una clínica de Nueva York, donde todo sería sencillo y agradable. Pero las cosas habían ido de distinto modo. Existían muchas razones para ello, pero sobre todo el asunto de Ralph.

Los soldados la miraban con cierto interés. Patricia era muy hermosa. Sus cabellos rubios caían rebeldes en torno a su semblante de tez sedosa, en el que destacaban sus pupilas verdes y sus rojos y bien dibujados labios. Deportista, tenía una magnífica figura que resaltaba por su elegancia natural. Vestía con sencillez porque sabía que en aquel olvidado rincón de China el trabajo iba a ser su único compañero.

Patricia era buena enfermera y sentía afición por su cometido.

Pero jamás hubiera ido a aquella región.

Hizo un esfuerzo, olvidando sus primeras ilusiones. Ella misma las había matado. Se encaminó hacia la puerta del hospital y se acercó al centinela. En inglés, le pidió que le indicara dónde se encontraba el director. El chino sonrió, mirándola con fijeza, y luego se volvió hacia atrás, llamando a voz en cuello. Al poco rato, otro chino apareció, con cierto aire de autoridad. Patricia repitió la pregunta, pero el soldado se limitó a sonreír y a volver a llamar. Nuevos chinos fueron apareciendo, sin que ninguno de ellos pudiera aclarar lo más mínimo. Al fin, una muchacha joven y bien parecida se acercó al grupo, preguntando en inglés, con acento americano:

—¿Qué desea, señorita?

—Soy la nueva enfermera y quisiera hablar con el director del hospital.

La china se volvió hacia los soldados y les habló en su idioma. Entonces el que parecía de más graduación le indicó que la siguiera. Patricia se volvió hacia la muchacha.

—Gracias. Hablas muy bien el inglés. ¿Dónde lo has aprendido?

—Aquí mismo.

—¿Aquí? —repitió la muchacha, extrañada.

—Sí, con los «Tiburones del Aire».

Patricia asintió. Había oído hablar de aquellos aventureros voladores, aquellos pájaros de guerra, siempre dispuestos a entrar en combate. Siguió al oficial chino, entrando en el hospital.

En nada se distinguía de los otros establecimientos que había conocido en los Estados Unidos. Únicamente, su sencillez y sus paredes desnudas, libres de todo adorno y de todo lujo, recordaban que era un hospital de guerra. Por el largo pasillo distinguió habitaciones en las que se veían rostros orientales. Algunos soldados aparecían de pie, apoyados en las puertas y contemplando el pasillo, sin nada que hacer aparentemente.

De improviso, una voz de inconfundible acento de los Bronx, exclamó:

—Adiós, muñeca.

Patricia sonrió, pero siguió adelante. Ni siquiera en aquel apartado lugar del mundo podía huir de los descarados pilluelos del barrio duro de Nueva York.

Llegó ante el despacho del director y el oficial chino llamó con

los nudillos. Abrió la puerta y dijo algo en su idioma. Desde dentro hablaron de igual modo. Patricia se imaginó repitiendo la escena de la entrada y pidiendo los auxilios de la chimita. Pero luego, una voz apacible, con acento de Boston, invitó:

—Puede usted pasar, señorita.

Un hombre de mediana edad, alto y robusto, con el cabello prematuramente blanco y el rostro tostado por el sol, se encontraba en pie ante la puerta. No cabía duda de que era americano. Su frente amplia y despejada indicaba su natural inteligencia y su mirada revelaba una gran bondad.

—Soy la nueva enfermera. Patricia Grattan. Aquí tiene mis credenciales.

—Encantado. Me anunciaron su llegada. Soy el doctor Watson, director de este hospital. Siéntese. —Una vez Patricia hubo obedecido, continuó el médico—: Quisiera saber su historial profesional.

Patricia enumeró las clínicas donde había trabajado y también la escuela en la que estudió. Su especialidad, dijo, era la cirugía.

—Nos será muy útil aquí —comentó el doctor—. Ahora venga conmigo. Le presentaré al resto del personal. Aquí no se guardan tantas formalidades como en nuestro país. Esto es más duro y conviene llevarse bien. De otro modo, no lo soportaríamos.

Se dirigieron a una sala donde se encontraban varios hombres de distintas edades, vestidos con sus batas blancas. Entre ellos, figuraban varios chinos. Las enfermeras eran de distintas edades, pero en su mayoría jóvenes y alegres. Aquel júbilo no era tan sincero en los Estados Unidos. Se preguntó cómo era posible que allí, en aquella vida tan dura y tan monótona, junto al peligro, pudieran sentirse tan alegres.

Los médicos jóvenes le recordaron a Ralph. Tenían su mismo aire serio y algo preocupado, pero sencillo.

Todos se mostraron muy amables con ella, aceptándola enseguida como si fuera una antigua amiga.

Una enfermera de su edad aproximadamente, llamada Evelyn Wade, le indicó:

—Te enseñaré tu habitación, que compartes conmigo. Es la única vacante, ¿sabes?

Patricia asintió.

—Estoy bien en cualquier sitio.

Se dirigieron ambas hacia la residencia del personal. Una china robusta les saludó reverenciosamente. Evelyn explicó:

—Es nuestra sirvienta. Tiene un nombre muy complicado y le llamamos «Candy»[1].

La habitación era espaciosa y limpia. Tenía un catre de campaña y un armario de escasa altura. Para sus escasos efectos tenía bastante.

Evelyn sonrió.

—Espero que te encuentres bien entre nosotras. Vamos a ir a la base aérea. ¿Quieres venir? Es la única diversión que aquí tenemos.

La muchacha negó con la cabeza. Eran demasiadas emociones en un día y quería sentirse a solas.

—Gracias, pero quiero arreglar mi habitación.

—Como gustes. Lo que necesites, pídeselo a «Candy».

CAPÍTULO II

AVENTUREROS DEL AIRE

Patricia se pasó la mano por la frente para secar el sudor que la perlaba. Hacía calor y el trabajo la extenuaba. Hacía ya una semana que se encontraba allí y se sentía agotada por el esfuerzo. En las otras clínicas donde trabajó tenían tan sólo un horario de trabajo que, por extenso que fuera, le dejaba algún momento libre y le permitía las necesarias horas de descanso.

Pero en aquel hospital chino, la tarea no parecía concluir nunca. Tan sólo terminaba cuando no había nuevos pacientes. Además de los heridos de guerra y de los soldados enfermos, se atendía a los que sufrían algún accidente y también a todos los paisanos, de la edad y sexo que fueran, de los contornos.

Los médicos, comenzando por el doctor Watson, y las enfermeras, desde su jefe, la austera y seca Rachel, habían descubierto que Patricia era, sin duda alguna, la más competente y hábil de todas las empleadas en la casa, y el trabajo no cesaba de lloverle. Ella no se quejaba. Al fin y al cabo, para eso había ido a China y además, de este modo, no le quedaba tiempo para recordar ni para pensar. Se tendía en el lecho y quedaba dormida. Por fortuna, aquella tarde el trabajo concluyó un poco antes que los otros días. Tuvo tiempo de ir a su habitación y darse una ducha fría. Luego, envuelta en su albornoz, se tendió en la cama. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con deleite.

Llamaron a la puerta y a su invitación, entró Evelyn.

—Hola, chica. Me dijo «Candy» que ya estabas aquí. Esta noche los aviadores nos han invitado. Has de venir.

Patricia hizo un gesto de fatiga.

—Estoy muy cansada —dijo a modo de excusa.

Pero Evelyn negó con la cabeza.

—No hay excusa que valga. Tú te vienes conmigo y descansas un día, que no haces más que trabajar de la mañana a la noche.

A Patricia le era simpática la decidida Evelyn, pero intentó protestar aún:

—Te aseguro que estoy muy cansada.

La otra negó con la cabeza.

—No acepto negativas. Vendrás con nosotras. Los aviadores son muy simpáticos. Un poco balas perdidas, pero simpáticos y sobre todo muy divertidos.

Al fin, Patricia, arreglada con un traje sencillo, subió al camión que el director del hospital había puesto a su disposición. Los médicos y las enfermeras reían alegremente y despedían con ademanes amistosos a los que habían quedado de guardia. El vehículo fue avanzando a través de una carretera en mal estado y deteniéndose en los controles de los soldados chinos.

Al fin llegaron a un amplio aeródromo donde montaban guardia otros soldados de la misma nacionalidad. Dejaron pasar el vehículo y se encaminaron hacia un edificio de madera amplio y holgado. Conforme se acercaban, Patricia escuchó los sones de una música. Por el campo de aviación paseaban centinelas, fusil al hombro, y se veían reflectores y piezas antiaéreas. Los hangares se alineaban en un extremo.

Del edificio de madera salieron varios aviadores, vestidos con uniformes sencillos y tocados con gorros de cuartel, saludándoles con la mano. El coche se detuvo y sus ocupantes saltaron a tierra. El interior del edificio era confortable y estaba dividido en habitaciones individuales. En el centro existía una amplia sala que servía de club a los oficiales. Un largo mostrador, atendido por un negro, se extendía en un extremo y junto a él se veía una radio gramola de potente sonido. En aquel momento transmitía un sentimental disco de Glen Miller.

Patricia contempló las paredes en las que se veían alas y hélices de aviones, así como retratos y foto. Evelyn le tocó en el brazo.

—Voy a presentarte a unos amigos.

Entonces Patricia prestó atención a los aviadores. Quería saber cómo eran aquellos famosos aventureros del aire. Físicamente se parecían a tantos muchachos conocidos en su país, aunque fueran

más enjutos y más fuertes, pero lo que más les distinguía eran sus facciones como contraídas y sus pupilas fogosas. Tenían una expresión alegre y decidida.

—Hola —dijo la voz de Evelyn—, os voy a presentar. Mi amiga Patricia Grattan, el capitán Gatling y el mayor Price.

La muchacha se volvió para encontrarse ante dos hombres jóvenes y fuertes, que vestían un uniforme sencillo, de pantalones largos, camisa con corbata y los emblemas al cuello. En el pecho lucían el emblema de los «Tiburones del Aire». Uno de ellos era un hombre sonriente y amable, fornido y elegante. Tenía la frente ancha y la mirada inteligente. Bien plantado, resultaba simpático. Lucía los emblemas de mayor. Contaría unos treinta años. El otro era más alto y más fuerte, aunque también más enjuto. Los cabellos rubios aparecían peinados hacia atrás y lucía un recio bigote. Tenía aspecto inteligente y culto, como de hombre de ciencia. Pero la mirada de sus ojos grises era amarga y triste. Su mentón, voluntarioso, se adelantaba un tanto, como el de un hombre a quien domina la obsesión. De no ser por esta expresión de amargura, nunca hubiera imaginado Patricia que podía encontrarle allí. Era completamente distinto a los demás aviadores, a excepción hecha de su compañero.

También se dijo que era un hombre atractivo y bien parecido.

El mayor Price sonrió, inclinándose:

—Encantado, *miss* Grattan. ¿Quiere usted sentarse y tomar algo o bailar?

Patricia contempló, casi instintivamente, al capitán Gatling. Éste no sonrió siquiera, pero se volvió hacia el mostrador, diciendo:

—Es agradable un refresco a esta hora, ¿no le parece, *miss* Grattan?

Ella asintió y se acercaron a la barra. Una vez servidas las consumiciones, el mayor Price alzó su vaso.

—Por su bienvenida a China. Le advierto que éste no es un lugar muy a propósito para una muchacha como usted.

Patricia le escuchaba en silencio, pero sentía fijas en ella las pupilas del capitán Gatling. Aquellos ojos grises la impresionaban y al fin se volvió a mirarle. El capitán desvió entonces la mirada, contemplando su vaso repleto de licor.

—¿Y ustedes, cómo llegaron a China? —preguntó la muchacha.

Price sonrió.

—De un modo bastante sencillo. Soy militar de profesión. Me interesó la aviación y elegí esta arma. Creo que es el porvenir de la guerra. Hice prácticas y realicé estudios. Pero la guerra tan sólo se conoce tomando parte en ella. Solicité licencia y me vine a China.

Patricia asintió. Quedaba todo bien aclarado. Así se explicaba su aspecto tan distinto al de los otros aviadores. Se volvió hacia el capitán Gatling y preguntó:

—¿Usted también es militar?

Gatling negó con la cabeza.

—Hasta venir aquí no me puse un uniforme. Era piloto civil y fui asimilado a oficial.

El misterio se hacía mayor y entonces la muchacha preguntó:

—Entonces, ¿cómo vino hasta aquí?

El capitán torció la boca en una sardónica sonrisa.

—Ni yo mismo lo sé.

CAPÍTULO III

LOS AVENTUREROS EN ACCIÓN

Una sirena rompió la quietud de la mañana. Patricia salió de la sala donde estaba curando a los heridos y preguntó a «Candy», que se encontraba a corta distancia:

—¿Qué ocurre?

La sirvienta señaló el cielo, respondiendo:

—Aviones. Japoneses.

La muchacha se estremeció. Vio cómo todas sus compañeras corrían hacia una ventana, desde donde se distinguía el campamento militar cercano. En el cielo se advertían tres puntos negros, seguidos de otros más lejanos.

Las enfermeras y los médicos corrían a contemplar el bombardeo, mientras los heridos que podían andar acudían junto a ellos.

De improviso, se oyó otro rumor de aviones y se vio despegar varios aparatos del aeródromo militar. Rápidos, los «Tiburones del Aire» pasaron sobre el hospital, dirigiéndose al encuentro de los japoneses.

Del hospital se alzó un vítor estruendoso y junto a Patricia una voz exclamó:

—Mira, ahí va el capitán Gatling.

Se volvió la muchacha hacia el sargento de los Bronx, hospitalizado a causa de un brazo roto, y preguntó:

—¿Cuál es Gatling?

El americano señaló un aparato que lucía una calavera pintada en el costado.

—Ése es, enfermera. Y le aseguro que veremos buenos combates.

—¿Es buen piloto? —quiso saber la muchacha.

El suboficial sonrió, lanzando un silbido.

—De los mejores. Tiene serenidad, dominio del aparato y puntería. Además, es un suicida. No le importa lanzarse contra un número mayor de enemigos.

Patricia alzó de nuevo la cabeza, contemplando el aparato que se alejaba confundido con los otros. No distinguía ya cuál era Gatling. Imaginó al joven, con su expresión endurecida y su aire cultivado, lanzándose sobre sus adversarios. ¿Quién podía ser aquel hombre y qué era lo que hacía en China, enrolado como voluntario en una unidad de aventureros?

Los aviones se iban alejando en dirección a los enemigos, desplegándose sobre el cielo en formación de combate.

En su avión, James Gatling observaba al adversario. A ambos lados de su aparato volaban sus compañeros y distinguió con facilidad el avión del mayor Price, adornado con el Pato Donald.

Estaban reunidos en el club de oficiales, cuando oyeron la llamada del jefe de vuelos, anunciándoles la proximidad de aviones japoneses. En pocos minutos partieron a su encuentro.

Para James no era nada nuevo aquello, aunque jamás en su vida anterior, dos años antes, hubiera soñado que el título de piloto que un día obtuvo le sirviera para combatir en tierra extraña, contra una nación que estaba en paz con la suya. Pero en estos últimos dos años no había dejado de combatir un solo momento y así, de oficial, había llegado a capitán.

Pero esto no impresionaba lo más mínimo al joven. Tanto importaba haber ascendido, como ser derribado. No tenía otra cosa mejor que hacer en la vida.

Su aparato, como de costumbre, estaba en perfecto estado. Pero si lo cuidaba era más por instinto que por otra cosa.

Poco a poco, fueron acercándose a la formación enemiga. En el campamento militar se disponían las piezas antiaéreas y los soldados corrían a tenderse en las cunetas y en los refugios.

El mayor Price, por la radio, les informó:

—Dispuestos al ataque. Láncense individualmente sobre el enemigo. Es preciso derribar los bombarderos. La segunda ola se encargará de los cazas. Corto.

Gatling apretó los labios. Hubiera querido combatir contra los cazas, porque aquel constante ataque, suspendido en el aire, era un

alarde de dominio de la voluntad. Y él necesitaba demostrarse que tenía una voluntad inquebrantable.

Pasaron con rapidez por entre la formación de cazas, despreciando sus ráfagas de ametralladora. La segunda oleada, muy cercana ya, se encargaría de ellos.

James vio cómo un aparato, cercano al suyo, estallaba en el aire. Esto mismo podía ocurrirle a él, pero no le importaba demasiado. Lo único que quería era poder derribar algún adversario antes de caer.

Siguió adelante, buscando alguna fortaleza enemiga. Vio los aparatos de bombardeo, pesados y seguros, que avanzaban hacia el campamento militar. Se lanzó sobre el primero, remontando antes en el aire. Era preciso atacar por el único punto desarmado que pudieran tener.

Una vez tomada altura, se lanzó de nuevo sobre el adversario, enfilando sus ametralladoras. Desde el bombardero le disparaban con sus armas, procurando derribarle. Pero James había ya tomado carrera y su aparato descendía como una exhalación. Sintió una vez más la emoción de lanzarse sobre un enemigo y apretó los dientes, disponiéndose a abrir fuego. Cada vez más cerca, cada vez más cerca. Apretó el botón de la ametralladora, abriendo fuego sobre su enemigo. Vio cómo las balas trazaban su camino sobre el aparato adversario y se alzó de nuevo. Se dispuso a descender, pero el bombardero se desviaba, incendiado.

Se volvió en busca de otro adversario. Sus compañeros combatían con furor, envolviendo a los bombarderos. Los cazas se encontraban rodeados por otra formación de aviones y debían batirse para no ser derribados.

Aparatos de uno y de otro bando iban cayendo, envueltos en llamas. Pero los bombarderos seguían su camino, inmovibles al parecer. Se encontraban ya cerca del campamento militar, disponiéndose a dejar caer sus bombas y a, aniquilar toda la fuerza allí reunida.

James se lanzó de nuevo sobre otro bombardero enemigo. Enfiló el aparato con sus ametralladoras, disponiéndose a cargar sobre la cola, el punto indefenso de los bombarderos.

Apretó las ametralladoras y comenzó a acercarse. Vio otra vez cómo dejaban sus huellas las balas y cómo se abría el fuselaje. El

bombardero se incendió, estallando en el aire.

El mayor Price se lanzó sobre el bombardero más cercano, disparando sobre él. Desde el interior, replicaban con intenso fuego a sus disparos. Pero en la posición que había adoptado el mayor no era fácil que le alcanzaran. Debía tornar buena nota de todo aquello para incluirlo en sus impresiones. Servirían para que la aviación americana mejorase su táctica de combate y también corrigiese los defectos que pudieran tener sus aparatos.

La lucha continuaba con ferocidad. Los «Tiburones del Aire» se lanzaban sobre los bombarderos, ametrallándoles sin compasión. Otros abatían sus cazas, mientras el aire se llenaba del rugido de motores, de estallidos de armas y de aparatos incendiados.

Al fin, lentamente, los bombarderos debieron regresar a su lejana base, mientras los aventureros les perseguían, disparando a cero sobre ellos.

El mayor Price tomó la radio, ordenando:

—Jefe de formación a pilotos, jefe de formación a pilotos. Regresen a base. Regresen a base. Corto.

Luego los aparatos giraron sobre sí mismos, iniciando el regreso hacia el aeródromo.

Sin que ellos pudieran advertirlo, del campamento militar se alzó un estruendoso vítor. Los soldados agitaban sus gorras en el aire y alzaban fusiles y banderas, animando a, los soldados que combatían en el cielo.

Patricia, desde el hospital, buscó entre los aparatos que se acercaban el avión adornado con la calavera. Vio uno que lucía el dibujo familiar del Pato Donald. Otros que ostentaban una muchacha en actitud de baile y otros dos que mostraban dibujos más o menos característicos.

Al fin distinguió el aparato del capitán Gatling y se sintió aliviado. Casi enseguida se preguntó qué podía importarle a ella lo que hubiera podido sucederle a aquel hombre, a quien tan sólo había visto durante unas horas.

CAPÍTULO IV

SOMBRAS DEL PASADO

El mayor Price se sentó junto a Gatling, en el mostrador del club de oficiales. Desde que se conocieron, al llegar a China, aquellos dos hombres habían intimado mucho. Ambos tenían una educación similar y gustos parecidos. Aunque no se hubieran conocido nunca en los Estados Unidos, pertenecían a un mismo sector de la sociedad.

Por otra parte, Gatling era un buen técnico y sus opiniones acerca de los aparatos interesaban al mayor.

—Hemos tenido algunas bajas —dijo, a modo de saludo, Price. James se encogió de hombros.

—Es parte de nuestro trabajo: caer.

Estaba muy acostumbrado el mayor a estas respuestas de su amigo para darles importancia, de modo que se limitó a añadir:

—Por suerte, llegan hoy nuevos reclutas.

Gatling le miró sorprendido.

—¿Y cómo han venido tan pronto a cubrir bajas?

Price movió la cabeza.

—Si no te encerraras tanto, en tu mundo privado, te habrías dado cuenta de que el banderín de enganche está siempre abierto.

Gatling asintió.

—Es natural. Siempre caemos muchos. Pero a mi aún no me ha tocado. No sé si es suerte o es desgracia.

Price le contempló un instante.

—¿Es cierto que no te importa morir?

Gatling asintió.

—Muy cierto.

Price movió la cabeza.

—Tú sabrás lo que dices.

—Lo peor en la vida —respondió el otro— es no esperar nada y no tener ilusiones.

En aquel momento se abrió la puerta del club de oficiales y entró el coronel Chennault. Huesudo, con el semblante curtido y el cabello negro, tenía un aire dominador y decidido, de hombre de empresa.

Los pilotos se pusieron en pie, al tiempo que el resto del grupo entraba en la sala. Chennault informó:

—Llegan ahora los nuevos pilotos, procedentes de los Estados Unidos. Quiero que ustedes les instruyan y les indiquen cuáles serán sus obligaciones y qué es lo que caracteriza la lucha en China.

Los oficiales asintieron. Poco después, un camión se detenía ante el edificio y una docena de hombres jóvenes, vistiendo uniformes nuevos, con emblemas de oficial y de suboficial, descendían del vehículo, entrando en el club de oficiales. Un capitán que les había conducido hasta allí se cuadró ante Chennault.

—Señor, aquí están los reclutas.

Se oyó una voz que murmuraba:

—¿Reclutas? Me parece que no es la primera vez que huelo la pólvora.

Price volvió la cabeza para ver quién había hablado. Se trataba de un hombre de unos veintiocho años, fornido, de expresión cínica, que lucía los emblemas de teniente.

Chennault dijo entonces:

—Quiero recordarles que son ustedes voluntarios y que se han enrolado, sin presiones de nadie, en este Grupo de Combate. Forman parte de los «Tiburones del Aire», que ha conseguido una cimentada fama de valentía. No estoy dispuesto a que nadie pueda hacer quedar mal a todo el grupo y me parecería indigno que alguno desertara o se acobardase. Aquí la lucha es dura y hay pocas diversiones. Tendrán ustedes permisos para visitar las ciudades más próximas y de vez en cuando una licencia larga por si desean ir a los Estados Unidos o a la capital. Pero quiero advertirles que si no me importa lo que hagan en sus ratos de ocio, deben tener en cuenta que no tolero bromas en cuestiones de servicio. El ayudante les irá encuadrando en las escuadrillas, de modo que las bajas estén cubiertas. Nada más. Celebro tenerles aquí y les doy la bienvenida.

Chennault saludó y se alejó del club, dejando solos a los reclutas. Price se acercó a ellos. Parecían todos hombres duros y acostumbrados a volar. Los había de distintas edades y de distinta condición, viéndose entre ellos algunos soldados profesionales, combatientes habituales en las revoluciones sudamericanas.

—Siempre es mejor haber ingresado voluntario —dijo Price—. De este modo no tenemos que dar cuenta a nadie.

El recluta que antes habló, sonrió, diciendo:

—He ingresado voluntario porque no tenía un céntimo, y yo necesito pagarme el *whisky*.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el mayor.

—Bain, Phineas Bain. Ahora soy teniente.

Se dijo Price que se trataba de un hombre endurecido y probablemente sin escrúpulos.

—Decía usted que había olido la pólvora antes.

Bain asintió.

—Desde luego. He servido como piloto en los «marines». Luego tomé parte en la Guerra del Chaco y he sido piloto de acrobacias. También he hecho algunas otras cosas en distintos países, que me pusieron la policía en mi rastro.

Price asintió.

—Todo esto aquí carece de importancia. Lo único que le exigiremos es que cumpla con su servicio y que sepa luchar.

Bain rompió a reír.

—Por la paga que me dan, estoy dispuesto a luchar con el propio emperador del Japón.

De improviso Bain abrió los ojos y miró hacia un extremo de la sala.

—Bueno, que me aspen, pero el mundo está lleno de sorpresas. Miren quién está aquí. Nunca hubiera podido imaginarlo.

Price vio que Bain se dirigía hacia Gatling y se detenía ante él sonriendo.

—Vaya, vaya, míster Gatling. Qué pequeño es el mundo, como dijo Shakespeare. Era usted la última persona que yo esperaba encontrar aquí.

Gatling le contempló con frialdad, y respondió:

—Usted también. Pero no me importa lo más mínimo.

Bain se encogió de hombros.

—Puede estar seguro de que a mí me pasa algo por el estilo.

Price se preguntó qué podía haber unido a aquellos dos hombres tan distintos entre sí. La expresión de Bain denunciaba bien a las claras que conocía algo del pasado de Gatling, algo que a éste le había impulsado a marchar a China. Por lo menos, sabían que su verdadero nombre era James Gatling.

CAPÍTULO V

DECISIONES

En su despacho, el coronel Chennault había reunido a los jefes de su grupo. Amueblado con sencillez, aquel cuarto no podía ser más que el lugar de trabajo de un soldado. En la pared se veía una hélice de avión, derribado en sus primeros combates por el coronel Chennault. Luego, un retrato del mariscal Chiang-Kai-Chek y las banderas de China y de los Estados Unidos.

En torno a la mesa sencilla se sentaban el coronel, su ayudante y los jefes de las distintas formaciones. El mayor Price ocupaba su puesto, fumando en silencio.

Todos aquellos hombres habían abandonado el ejército americano para ir a combatir a China. Ellos, cada uno en mayor o menor grado, habían contribuido en hacer que el Grupo Voluntario Americano se convirtiera en la mejor unidad combativa de toda Asia. Los mismos japoneses habían reconocido su magnífico espíritu de luchadores.

Chennault contempló a sus subordinados, y dijo:

—Les he reunido porque nos acercamos a momentos de gran angustia. El peligro se cierne sobre nosotros con celeridad.

Nadie respondió, manteniéndose todos atentos y esperando a que el coronel continuara.

Éste carraspeó y siguió su explicación:

—Los japoneses preparan una ofensiva. He recibido órdenes e instrucciones del cuartel general supremo. Todo parece indicar que las tropas del Tenno se preparan para lanzarse a la gran ofensiva sobre la costa, para cortar nuestras comunicaciones con los Estados Unidos, única fuente de material. Inglaterra, cuyas posesiones de la India están mucho más cerca, no puede enviarnos nada, ya que la

guerra que sostiene con Alemania presenta para ella mal cariz. Por tanto, el Gobierno chino piensa presentar una resistencia a todo trance, antes de que los japoneses puedan cortar sus vías de comunicación. Abarcamos nosotros una gran parte en este trabajo. La aviación, ya se han podido dar cuenta ustedes mismos, decide en las batallas modernas, aunque no sea la única. Entre dos bandos igualmente fuertes y numerosos, el que tenga mejor apoyo aéreo será el vencedor. Se nos considera, y me enorgullezco de ello, de ser el mejor grupo de combate de la aviación china. Debemos ser quienes iniciemos el camino de la lucha. No debemos cerrar los ojos a la realidad y démonos cuenta de que los japoneses poseen una magnífica aviación. Una aviación con buenos aparatos y estupendos pilotos, llenos de espíritu y de habilidad.

Todos asintieron, recordando los combates pasados, en los que debieron batirse con desesperación para imponerse al enemigo.

Price pidió permiso para hablar. Chennault le hizo una seña.

—Señor —dijo el joven oficial—, quiero recordarles a ustedes que los «ceros» japoneses tienen sobre nosotros una gran ventaja, que estriba principalmente en su movilidad. Están pintados con lacas japonesas, pintura muy ligera, y son altamente manejables y maniobreros.

Lo sé, Price, y así lo he dicho al mariscal. No obstante los «ceros», como todo, tienen también sus inconvenientes, y es nuestra misión encontrar el punto débil y vencerles por él.

Price se acarició el mentón, diciendo luego:

—Creo que quizás su punto débil sea tan sólo precisamente su extraordinaria rapidez, que no les permite afinar bien la puntería. Sin embargo, necesitamos cazas más rápidos.

Me parece lógico lo que usted dice, mayor. Algo parecido ocurre con ciertos cazas rusos. Pero es que van a enviarnos pronto cazas más rápidos. También debo advertirles que he hablado con el mariscal Chiang-Kai-Chek para conseguir que este Grupo Voluntario se convierta en una división aérea. Se están preparando los presupuestos para hacerlo.

Los allí reunidos se miraron con satisfacción, dispuestos a iniciar la reorganización del grupo.

—Esto —continuó el coronel— no será inmediato, pero sí lo será el aumento de efectivos de nuestra unidad. En los Estados Unidos se

ha intensificado la recluta de aviadores y también se espera la llegada de mayor número de aparatos.

Un teniente coronel, con las manos quemadas, preguntó entonces:

—¿No será arriesgado, señor, iniciar una ofensiva con nuevos oficiales, no entrenados aún en la guerra?

—Debemos arriesgarnos. Tan sólo se consigue el triunfo con audacia. Los alemanes han comenzado esta guerra con pilotos no experimentados. Lo mismo les ocurre a los ingleses. Uno de los dos lleva la peor parte. Es preciso conseguir que no seamos nosotros.

El teniente coronel insistió:

—No nos encontramos en la misma situación, coronel. Perdone que le contradiga, pero los nuevos pilotos que llegarán de los Estados Unidos deberán enfrentarse con aviadores japoneses que llevan varios años de entreno en la guerra. Están acostumbrados a luchar y a batirse. Todos sabemos el miedo que se siente en el aire la primera vez que uno se enfrenta con un adversario. Esta pequeña ventaja puede ser la que decida una batalla, que quizás sea el eje de la ofensiva.

Chennault tuvo una de sus raras sonrisas.

—Sí, puede ser cierto esto que dice usted, Whiteman, pero también entran en juego otros factores: los imponderables. Hay cosas en la mente humana que no conocemos y que pueden dar al traste con todas las consideraciones lógicas. Usted que ha mandado tropas en campaña y sabe que a veces una unidad se siente inflamada de entusiasmo y de ganas de vencer. El espíritu de cuerpo influye mucho y hace que los reclutas, al entrar en campaña, sean ya veteranos que se lanzan a luchar, arrollando al enemigo. Por fortuna, nuestra unidad tiene un magnífico espíritu de cuerpo. Los reclutas que vienen a nosotros no tienen de eso más que el nombre. Son seres duros y acostumbrados a pasar peligros. Muchos de ellos han servido en las fuerzas aéreas americanas y conocen la vida militar. Otros, han combatido en Sudáfrica. No faltan, desde luego, los que han luchado en China, en unidades nativas.

Whiteman asintió, no muy convencido.

—De todos modos —añadió Chennault— no nos queda otra salida. Debemos luchar con los elementos de que dispongamos. No creo que nos quede tiempo para instruir y aclimatar a los nuevos

pilotos. Las circunstancias lo imponen y es preciso cerrar el paso a los japoneses. Hablen ustedes a sus pilotos y explíquenles que es necesario que luchen y que triunfen. Nada más, señores.

En su dormitorio, el mayor Price hablaba a los pilotos de su unidad, repitiéndoles las palabras de Chennault. Gatling permanecía apoyado a la pared, silencioso y en espera de que concluyera su superior. Bain, no lejos, escuchaba en silencio.

—Eso es lo que se espera de ustedes —decía Price— y es la misión para la que han venido. Tengan en cuenta que son voluntarios y han venido para luchar.

Bain se volvió hacia Gatling, diciendo con una cínica sonrisa:

—Mientras tengamos *whisky*, todo irá bien, ¿verdad? —Le contempló un instante y luego añadió—: Aunque tal vez a usted le convenga más no tener el alcohol tan cerca.

CAPÍTULO VI

SOLOS

Price y Gatling entraron en el hospital, donde las enfermeras y el personal sanitario habían organizado una fiesta en honor de los nuevos pilotos.

Patricia, junto a Evelyn, se volvió hacia la puerta para asegurarse de quién había entrado. No sabía la razón por la que aquel nuevo encuentro la interesaba tanto. Había vestido su mejor ropa, un sencillo traje blanco y se había puesto sus mejores pendientes. Hacía años, sí, años, que no sentía aquel entusiasmo.

Vio a Price y junto a él la atlética y elegante figura de Gatling. Este último recorría la sala con la vista. Al fin, sus ojos se encontraron. En aquellas pupilas grises, tan llenas de amargura, parecía brillar una luz de animación. Sabía Patricia que era por ella y que a ella estuvieron buscando.

No habían hablado más que una vez, pero su encuentro había impresionado a la muchacha. Sabía también que estas sensaciones muchas veces son unipersonales, pero estaba segura, segurísima, de que a James Gatling le había ocurrido lo mismo. Cuando le hablaron en el hospital de organizar una fiesta en honor de los nuevos pilotos, asintió entusiasmada y su entusiasmo continuó hasta que llegó el momento de encontrarse con él. Sonrió al decirse que ya había suprimido nombres y que Gatling era simplemente él.

Al elegir ropa, buscó lo mejor que tenía y, sólo entonces y por un momento, lamentó no haber traído mejor vestuario, pero para la marcha a China eligió tan sólo prendas sencillas, regalando lo demás, elegante y lujoso, a una compañera de trabajo.

Se miró al espejo y le pareció que podía estar tranquila. Además, Evelyn había entrado y al verla lanzó un silbido.

—Chica, hoy los tumbas a todos.

Pero cuando empezaron a llegar los pilotos se sintió intranquila y su seguridad en que Gatling sentía el mismo deseo de verla aminoró un tanto. Quizás fuera tan sólo una impresión suya y aquel hombre elegante y amargado no la recordase más que como una nueva enfermera a la que había sido presentado días antes.

Sin embargo, al cruzarse sus miradas, comprendió que había acertado y que no había error posible. Price la saludó con la mano y fue a su encuentro.

—¿Cómo está usted, *miss* Grattan? Han sido muy amables al invitarnos.

Patricia sonrió.

—No tiene nada que agradecemos. Son ustedes compatriotas y estamos en tierra extranjera.

Price la contempló un instante y luego dijo:

—Estas palabras sí que son de agradecer. Hace usted que nos sintamos hombres normales. Llega a cansar que siempre le consideren a uno un héroe y que se lo repitan a cada instante. — Hizo una pausa y añadió—: Está usted muy bonita. No sé cómo consigue, con estas ropas sencillas, aparecer tan elegante. Supongo que será talento natural.

—Sin duda alguna —bromeó ella.

Se sentía a gusto y un tanto libre de la preocupación y de la tristeza que la dominaba desde hacía tanto tiempo. Price le era simpático y resultaba agradable encontrarse con él, pero hubiera deseado que Gatling se acercara a saludarla.

Price le ofreció un cigarrillo, diciendo:

—El trabajo abrume siempre, pero supongo que para ustedes debe ser peor, ya que se encuentran lejos de sus familias y de sus amigos; de todo cuanto les hace agradable la vida.

Patricia asintió, al tiempo que, sin darse cuenta, buscaba a Gatling con la mirada. Le vio hablando con Evelyn y sintió cierto malestar. Quizás se hubiera equivocado, pero no estaba segura. Tanto él como ella esperaban el momento de poder reunirse.

De pronto, Gatling se acercó a ellos y a la muchacha le pareció lo más natural del mundo. Ni siquiera pretendió fingir cuando James propuso:

—¿Bailamos? —Volviéndose al mayor, añadió:

—Discúlpenos, Price.

El militar asintió, sonriendo, y se alejó en dirección a las demás enfermeras. La música sonaba clara en sus oídos, como un recuerdo de otras épocas y de otros lugares. Aquellos compases, oídos en algún club nocturno de América o en alguna reunión de amigos, evocaban siempre los apartamentos elegantes y confortables de su país y los lugares de diversión, a media luz y repletos de parejas. No parecían compaginar con la dura guerra china. Y, sin embargo, Patricia no se extrañaba de nada. Le parecía natural encontrarse allí junto a aquel hombre, escuchando aquella música. Le parecía lo lógico y lo natural.

Gatling nada dijo, pero no se sintieron extraños. Les pareció normal estar juntos y bailar.

Concluyó la melodía y ambos se miraron. James permanecía inescrutable, pero ella se daba cuenta de que una luz interior y nueva brotaba en sus pupilas.

Se acercaron a la mesa donde se encontraban las bebidas y él le sirvió un vaso de ponche. Luego, sin hablar, se encaminaron hacia la veranda. Hacía calor y la noche se mostraba fresca y tranquila.

Allá lejos se divisaban las siluetas del campo de aviación y, detrás, el campamento militar chino.

Por un instante quedaron ambos silenciosos. La luna brillaba en el cielo, rodeada por su cortejo de estrellas. Se sentían muy unidos aunque no hablaran.

De pronto, Gatling murmuró:

—La luna, la tornadiza.

Esta cita de Shakespeare sorprendió a la muchacha, aunque debía haberle parecido natural. Gatling se volvió hacia la muchacha, diciendo:

—He estado a punto de no venir a esta fiesta.

Patricia sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Por qué?

Reconcentrado, James respondió:

—Tenía demasiados deseos de verla y temía que de resultados de esta entrevista aumentarían...

Calló, como avergonzado. Patricia aspiró hondo, añadiendo:

—Yo creí que los amigos eran siempre un alivio.

Gatling se volvió hacia ella.

—¿Puedo considerarla amiga mía?

Patricia sonrió.

—¿No lo considera ya?

Gatling asintió.

—Pero un hombre, en ciertas circunstancias, nunca sabe a qué puede considerar cierto o no. Al fin y al cabo, la vida nos zarandea a su gusto. ¿Cómo calificaba Shakespeare la vida?

—Una comedia mala, representada por un torpe bufón — respondió ella.

Gatling asintió.

—Como siempre, tenía razón. Pero el hombre, aunque se crea endurecido, tiene necesidades y una de ella es la de una compañía que le haga olvidar la realidad. ¿Puedo venir a verla, de vez en cuando?

Patricia asintió. En lo alto brillaban las estrellas y el perfume a flores hacía olvidar que la guerra se encontraba tan cerca de ellos. Tan sólo las siluetas de los hangares parecían indicar que se encontraban muy cerca de la muerte.

CAPÍTULO VII

DE NUEVO ANTE LA MUERTE

Gatling sintió cómo el viento le golpeaba el rostro. Era una sensación, en parte agradable, que le devolvía a la realidad de cada día.

Abierta la carlinga, con los lentes alzados, veía allá abajo el panorama de China. Desde su avión le parecía dominar el mundo y sentirse el dueño de toda aquella tierra. Sus penas y sus problemas estaban ya muy lejos.

En servicio de patrulla sobre el frente, James avanzaba seguido por otros dos aparatos. Uno de ellos era el segundo teniente Bain. La suerte había querido que aquel hombre, precisamente aquél, hubiera llegado al rincón de la guerra donde él se había ocultado.

Se sentía a gusto en el aire y aquella mañana había aceptado casi con alegría la misión de patrulla.

En otras ocasiones obedecía, siempre sin entusiasmo, pero sin reluctancia.

Deseaba pensar, y aquellos espacios abiertos sobre el cielo libre le permitían hacerlo a gusto.

Hacía mucho tiempo que no se detenía a pensar en lo que le ocurría. Desde entonces, todo le parecía lógico y normal. Así debía ser.

El encuentro con Patricia Grattan había alterado la ausencia completa de todo en la vida que vivía. Aquella muchacha había despertado en su alma, que él creía dormida, un deseo incontenible de ternura. Patricia le recordaba su vida interior y se sentía atraído por ella. Lo peor de todo era que sabía que ella también sentía una atracción instintiva hacia él.

Aquello, bien lo sabía, no podía continuar. Era imposible

calcular en qué podía convertirse aquella amistad y, al fin y al cabo, era preferible no alterar el curso de su vida.

Siguió volando, sin perder de vista el terreno enemigo. Tomó el micrófono y ordenó:

—Jefe de patrulla a pilotos, jefe de patrulla a pilotos. Observen bien territorio enemigo. Corto.

—A 1 a jefe de patrulla, entendido. Corto.

—A 2 a jefe de patrulla. No he perdido onda. Corto.

El último había sido Bain, que jamás hablaba en serio. James movió la cabeza y observó el cielo enemigo y la tierra, rota por los obuses y cortada por las posiciones enemigas. Desde algún extremo, un antiaéreo japonés abrió fuego contra ellos. En el cielo se abrieron algunas nubes blancas y la metralla se esparció por todos lados. Gatling no hizo caso.

Aquello era normal y pertenecía al riesgo cotidiano de los aviadores.

Siguió adelante, buscando algo nuevo que comunicar a la base, pero todo estaba en orden. No existía peligro ni tampoco novedad. Los japoneses debían tener preparados sus nuevos efectivos más atrás y deberían esperar el momento de lanzarlos sobre las líneas chinas por sorpresa.

De improvisó oyó la voz de Bain que decía a través de la radio:

—A 2 a jefe de patrulla, por la derecha se ven unos «ceros» con ganas de camorra. Corto.

James se volvió para ver cinco aparatos japoneses que volaban en servicio de patrulla. Estaban aún lejos y podía esquivarlos cumpliendo su misión. Pero sintió como un ramalazo eléctrico en la espalda. Aquella era una magnífica ocasión para acabar de una vez con todo y no tener que seguir dominándose.

Tomó el micrófono y ordenó:

—Jefe de patrulla a pilotos. Vamos a presentar combate. Corto.

Enfiló el avión hacia los «ceros», disponiéndose a la lucha. Cerró la carlinga y se caló las gafas. Luego avanzó, asegurándose de que los dos pilotos le seguían.

Los «ceros» se habían dado cuenta de su presencia y avanzaban a su vez, desplegados en orden de combate. Vio el aparato del jefe de la patrulla, y lo eligió como primer blanco. Por un instante, y de una manera absurda, se dijo que la lucha en el aire semejaba los

antiguos duelos entre los caballeros.

Los jefes eran los primeros en buscarse y los que iniciaban la lucha, atacándose con ferocidad.

Los cuatro aviones enemigos seguían al jefe, dispuestos a dar buena cuenta de sus adversarios. James maniobró la palanca y el avión se elevó, lanzándose luego en picado sobre su rival. Luchaba sin técnica y sin tener nada en cuenta. Enfiló el morro sobre el japonés y abrió fuego.

El brusco movimiento del aparato desconcertó al enemigo y éste recibió de lleno los impactos de las balas. Cabeceó un instante y luego salió como disparado, sin meta y sin rumbo, dejando tras de sí una espesa estela de humo.

James se volvió para ver cómo Bain se enfrentaba con uno de los adversarios. El otro piloto se encontraba ante un tercer avión contrario, y el capitán debía batirse con dos enemigos. No importaba. Se lanzó sobre ellos sin pensarlo dos veces.

Bain no era la primera vez en que se batía en el aire. Ciertamente el Chaco era ya una guerra antigua, teniendo en cuenta los rápidos avances de la aviación, pero era un buen piloto y sabía manejar los aviones.

Le desconcertaba la extraordinaria rapidez del «cero», pero se las ingenió para esquivar sus acometidas y colocarse a la cola. Entonces apretó el botón de la ametralladora. Vio cómo sobre el fuselaje quedaba el reguero de las balas y pasó más adelante. El «cero» se lanzó contra él, disparando con rapidez. Bain apretó nuevamente el botón de la ametralladora, al tiempo que veía cómo los proyectiles se incrustaban en el avión.

De improviso, el «cero» estalló en el aire. No sabía qué punto vital podía haber alcanzado, pero no había duda de que fue un disparo afortunado.

El otro piloto había tenido mala suerte. No conseguía despegarse un «cero» de la cola, que iba disparando sin cesar. Se daba cuenta de que de un momento a otro iban a derribarle, y esta sensación era desagradable. Luchaba por apartarse de él, pero no lo conseguía.

Se lanzó en picado, remontándose enseguida. Pero la fragilidad del «cero» le permitía seguirle con mayor rapidez de la que hubiera deseado.

Por fortuna, Bain había conseguido eliminar a su enemigo. Vio

la situación desesperada en la que se encontraba su compañero, a quien apenas conocía, y se lanzó sobre él, atacándole de flanco. Quizás no le derribase, pero le situaría en una posición difícil que le obligaría a abandonar a su víctima.

El «cero» viró, para salvarse, y entonces Bain aceleró la marcha de su aparato. Siguió disparando, al tiempo que el otro aviador, ya bien situado, le decía por el micrófono:

—Gracias, muchacho; pero déjame a mí a ese tío.

Bain respondió del mismo modo:

—Adelante, y suerte.

El piloto se pegó a la cola de su rival, afinando la puntería. Vio cómo se alzaba la lona, alcanzada por los disparos, y cómo el «cero» se venía abajo.

James, mientras, se había enfrentado con dos aviones rivales. Durante un buen rato estuvieron maniobrando y girando uno ante los otros. De improviso se encontró ante uno de los «ceros». Sus ametralladoras abrieron fuego, disparando sobre el rival. Luego se revolvió hacia el otro, que avanzaba en dirección suya. Picó, esquivando el ataque enemigo. El «cero» pasó sobre su cabeza y James consiguió colocarse a la cola, abriendo fuego nuevamente.

Por fin se reunieron los tres aviadores, y Gatling ordenó por radio:

—Jefe de patrulla a pilotos. Regresemos a la base. Corto.

CAPÍTULO VIII

DECISIONES

El mayor Price movió la cabeza.

—Mira, Gatling, después de las órdenes que nos dio el coronel, no debiste enfrentarte con esa patrulla japonesa. Pudieron abatirnos.

James se encogió de hombros.

—El hecho es que no lo hicieron. Además, para el nuevo piloto resultó una buena experiencia.

—Así y todo, no vuelvas a buscar combate en el aire, si no te atacan. Estamos en vísperas de una ofensiva y necesitamos todo el material y todos los hombres posibles.

Gatling sonrió con desdén.

—Bueno, que nos cambien el nombre y que nos llamen «Besugos del Aire», Price le miró con fijeza.

—Mira, puedes guardarte tus ironías. Al fin y al cabo, soy yo quien manda, y el hecho de que seamos amigos no te autoriza a que actúes por tu cuenta. ¿Está claro?

Gatling asintió, dándose cuenta de que había exagerado la nota. Price preguntó entonces:

—¿Qué tal se portó el teniente Bain?

—Como un veterano. Supo defenderse y ayudar a sus compañeros.

Price asintió.

—Y tienes suerte de que en esta unidad, lo que más cuenta es el espíritu combativo.

En el club se reunían los pilotos, bebiendo y charlando. El criado negro les servía las bebidas, iluminando su rostro oscuro con una

blanca y rutilante sonrisa.

Entró Gatling, con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios, y se encaminó hacia una mesa, situada en un extremo.

El negro acudió con un vaso de *whisky*.

—Capitán, aquí tiene su vasito.

Gatling dio las gracias, y en silencio comenzó a beber con tranquilidad. Entonces advirtió algo raro en la atmósfera. Alzó la cabeza y pudo ver a los pilotos, que no le miraban. Se dio cuenta de que hablan suspendido la conversación, como si su presencia impidiera que hablaran.

Les contempló un instante y luego observó que el teniente Reynolds, que formaba parte de la patrulla, miraba fijamente a una ventana. Se puso en pie y se acercó a él, diciendo:

—Oiga, Reynolds: si habla de alguien, lo menos que puede hacer es que él lo oiga. Así iremos todos.

Hubo un embarazoso silencio, y Reynolds se excusó:

—No es lo que usted supone, señor.

—Si tiene algo que decirme o que criticar, puede hacerlo ahora. Tiene mi permiso.

El capitán Thompson, el médico de la unidad, se acercó a Gatling. Entrado en años, culto y filósofo, era el único que conseguía evitar las reyertas.

—Vamos, chico, no seas así. Nadie estaba hablando de ti, ni criticándote.

—No me gusta que lo hagan a espaldas mías.

Thompson apoyó una mano en el hombro del joven.

—Muchacho, tal como están las cosas, es preferible que no creas que todos te odian. Acabarás con manía persecutoria, y en vísperas de una ofensiva no es aconsejable.

Gatling asintió, regresando a su mesa. Price entró en aquel momento y se acercó a su amigo.

—¿Jugamos una partida?

James negó con la cabeza.

—Perdona, chico, pero no estoy de humor. —Se puso en pie y apoyó la mano en el hombro del mayor—. No creas que...

Price asintió, sonriendo.

—Lo comprendo, muchacho. No te preocupes. Cuando quieras, avísame.

Gatling salió del club, cruzándose con Bain, que entraba entonces. El oficial le miró, sorprendido. Al reunirse con sus compañeros, preguntó:

—¿Qué le ocurre al capitán?

Thompson negó con la cabeza.

—Nada, no le ocurre nada.

Reynolds explicó:

—Yo les decía a éstos que nos hizo tomar parte en una lucha innecesaria. Entonces entró él y nos callamos. Se dio cuenta y se enfadó.

Bain sonrió, encogiéndose de hombros.

—¿No hemos venido a combatir? Pues entonces no sé de qué os quejáis. Nos alistamos voluntarios para la guerra. La paga es buena y algún riesgo debe tener. El dinero no lo regala nadie. Al fin y al cabo, para hacer lo de esta mañana estamos aquí.

Price escuchaba al oficial. Aquél era un veterano soldado de fortuna, que sabía que al enrolarse en un ejército extranjero tan sólo se hacía para luchar y que en una guerra no debía buscarse la seguridad personal.

—Gatling, lo reconozco —continuó Bain—, ha sido siempre un poco inconsciente. Pero esto nada tiene que ver con lo que hablamos. Al fin y al cabo, lo repito, estamos aquí para eso.

Los demás pilotos callaron. Bain se sentó, estirando el cuerpo. Para él no existían problemas. Era un soldado profesional y sabía que la guerra era un riesgo continuo.

Price quedó pensativo, recordando lo que dijo Bain acerca de la irresponsabilidad de Gatling. Hubiera deseado hacerle unas preguntas, pero le pareció indecoroso, ya que si su amigo no quería revelar su pasado, no era digno de la amistad investigar a sus espaldas.

Mientras, Gatling paseaba por el aeródromo, pensativo. Aquel panorama, pistas de aterrizaje, hangares, depósitos de gasolina y piezas antiaéreas, le era familiar desde hacía dos años. Desde entonces no había conocido otro mundo y estaba ya acostumbrado a ello. Le hubiera parecido extraño dejarlo y separarse para siempre de la base aérea.

Sin embargo, aunque se sintiera ya en su mundo en aquel grupo de combate, su vida estaba agotada. Ya no esperaba nada, porque

su existencia había dejado de tener alicientes y carecía de esperanzas. Todo concluyó aquel día.

Recordó a Patricia. ¿Era lícito seguir tratándola y relacionándose con ella? La muchacha era joven y tenía toda una vida por delante. Su belleza y el atractivo que de ella emanaba harían que algún día se fijara en ella un hombre que la mereciera. Él no podía destruir una nueva vida.

Por otra parte, un fondo de egoísmo le aconsejaba no buscar nuevas heridas morales. El encuentro con Patricia le había impresionado mucho y deseó verla de nuevo. Después de la fiesta en el hospital se habían entrevistado en unas cuantas ocasiones. Sintió el joven que algo nuevo nacía en su interior, pero su amargura la ensombrecía. Estaba seguro de que de aquello no podía resultar nada bueno. Tal vez Patricia le aceptara tan sólo como amigo, y un día, cuando se cruzara con alguien que pudiera ofrecerle algo en la vida, debería renunciar a ella para siempre. Si ella sintiera lo mismo que él, su vida truncada sería siempre una valla que les separaría eternamente.

Lo mejor, sin duda alguna, era separarse de Patricia y no verla más. Al fin y al cabo, ya poco importaba lo que pudiera sucederle. La vida no había tenido consideraciones con él, porque quizás no las mereciese.

CAPÍTULO IX

ASOMBRO DE PATRICIA

Patricia paseaba por las cercanías del campo de aviación. Tenía una mañana libre y sentía deseos de descansar. No sabía en realidad por qué se había dirigido hacia el campo de aviación. Aquel lugar era igual a otro cualquiera.

Encendió un cigarrillo y se detuvo a contemplar el panorama. A lo lejos se extendía la tierra china, cuajada de flores y dorada por el sol. Respiraba paz y serenidad. Sin embargo, era aquélla una de las naciones más castigadas por la guerra. Nunca en su historia hubo un período de paz. Una y otra vez, los hombres se habían perseguido y se habían atacado. Los gobernantes habían demostrado su crueldad insaciable.

Vio los hangares y las piezas antiaéreas que se lanzaban hacia el cielo. ¿Qué haría Gatling entonces?, se preguntó. Comprendió en aquel momento la razón por la que había acudido inconscientemente hacia el aeródromo. Hacía días que no se veían y se sentía preocupada. Se preguntó por qué una persona a la que acabas de conocer puede importar tanto y la razón por la que se sintiera tanto su ausencia.

¿A qué podía obedecer que James hubiera dejado de ir a verla? Al fin y al cabo, se dijo, no tenía por qué preocuparse. Ambos eran libres y podían hacer lo que gustaran. Pero sentía su vacío.

Se detuvo de pronto, al ver un coche que avanzaba por el sendero. El vehículo frenó y el mayor Price saltó a tierra, acercándose a su encuentro.

—Hola, *miss* Grattan —saludó el militar.

Patricia sonrió.

—Venía a dar un paseo. Tengo la mañana libre y sentía deseos

de encontrarme a solas.

Price asintió.

—A mí me ocurre lo mismo con frecuencia. Aprovecho estos momentos para tomar notas y para trabajar. —Hizo una pausa y añadió—: Si no le importa, la acompañaré.

La muchacha aceptó gustosa. Price se volvió hacia el chofer del vehículo y le indicó que regresara al campo. Luego los dos jóvenes siguieron andando por el sendero.

—¿Trabaja usted mucho? —preguntó ella, para romper la tensión.

Price sonrió.

—No todo lo que debiera; pero en los dos años que llevo aquí he podido tomar una gran cantidad de notas acerca de los combates en el aire, acerca de los aviones de caza y de sus pilotos. Con todo ello voy realizando informes que han servido para mejorar este grupo y que confío en que puedan servir para mejorar las fuerzas aéreas americanas.

—Comprendo. Usted podría vivir en los Estados Unidos y pertenecer al estado mayor.

—Para un militar no hay mejor escuela que la guerra, y aquí estoy estudiándola a fondo. Creo que tarde o temprano chocaremos con el Japón, y es preferible conocerles bien.

—¿Tiene usted familia en América?

—Sí, mis padres y dos hermanos. Mi padre era militar, pero está retirado. Mi hermano mayor es catedrático y mi hermana está casada con un oficial. Ellos comprenden lo que me pasa y mi padre aprobó mi idea enseguida.

—¿No siente deseos de visitarles?

—Naturalmente. Espero que pronto me den permiso.

—¿Ha tenido usted algún otro?

—Hace un año tuve dos meses y conseguí llegar hasta mi casa, pero debí regresar enseguida.

Patricia quedó un instante silenciosa.

—Es horrible permanecer lejos de las personas que se aman.

Price la contempló asombrado, pero nada dijo. Siguieron hablando un buen rato, hasta que, de improviso, el mayor exclamó:

—Estoy preocupado por nuestro amigo Gatling.

La muchacha le miró, asustada.

—¿Qué le ocurre?

—Eso es precisamente lo que quisiera saber, qué es lo que le ocurre. Se muestra huraño, no sale de su habitación y parece que busca la muerte. Provoca los combates.

A la muchacha le dio el corazón un vuelco.

—¿No le ha ocurrido nada que pueda haber provocado esta actitud?

—Quizá tan sólo la presencia de Phineas Bain, un antiguo conocido. —Hizo una pausa el mayor y añadió—: Quizás estoy revelando lo que no debiera.

De improviso descubrieron la figura del capitán, que avanzaba por el sendero. Price sonrió, contemplando a la muchacha y luego a su amigo, que se detenía a corta distancia.

—Hola, Gatling. Ya es hora de que salieras a airearte un poco —saludó el mayor.

James asintió sin mucho entusiasmo, acercándose a ellos. Patricia quedó silenciosa, sin saber qué decir. Price les miró con cierta ironía y después dijo:

—Me perdonaréis, pero debo regresar al aeródromo. Espero que no lo tomaréis como una incorrección.

Quedaron solos los dos jóvenes. Patricia le miró con fijeza. El semblante de James seguía inescrutable como hasta entonces, pero quizás había aumentado la amargura de su mirada y la dureza de su expresión, como si algo le royera las entrañas.

Avanzaron en silencio. Había muchas cosas que acudían a los labios de la muchacha, pero no sabía cómo decirlo. Le parecía imposible encontrarse allí, en aquel lugar de China, preocupada por otro hombre que no fuera Ralph.

De improviso, incapaz de callar por más tiempo, exclamó:

—Me ha dicho Price que busca usted los combates sin ninguna necesidad.

James se encogió de hombros.

—He venido aquí para luchar. Al fin y al cabo, fue éste el contrato que firmó.

Patricia le miró asustada. Había en su voz un tono de amargura que nada bueno presagiaba. Le miró de nuevo; las facciones contraídas, la mirada llena de amargura.

—¿Qué le ocurre, James? ¿Es que hay algo que le preocupa?

Gatling sonrió con desdén.

—A un hombre como yo, nada puede preocuparle. Mi vida ha concluido.

Ella le miró, comprendiéndole. Ella también creía lo mismo acerca de su existencia.

—Cuando no hay esperanzas —murmuró—, ya nada importa.

James se volvió para contemplarla, extrañado.

—¿También usted, Patricia?

Ella no respondió, limitándose a mirarle. El joven sonrió con ironía.

—Nunca lo hubiera imaginado, pero es así. Todo cambia ahora.

Sorprendida, Patricia preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, no me haga caso. Es triste, sin embargo, encontrarse solo y sin un amigo.

—Hace tiempo, unos días tan sólo en realidad, respondió la muchacha, —usted me pidió permiso para venir a verme. Puede hacerlo cuando guste. Yo también necesito un amigo.

James asintió, quedando súbitamente serio.

—Se lo agradezco. No sabe cómo lo he necesitado.

Patricia, sin poderse contener, respondió:

—Yo también.

Habían llegado ya muy cerca del hospital y la joven se volvió hacia el oficial.

—Adiós, debo entrar de turno ahora. Ya sabe que puede contar conmigo.

—Gracias. Si algo puedo hacer.... —Calló, añadiendo—: Es igual. Ya no puedo hacer nada por nadie.

CAPÍTULO X

REVELACIONES

Gatling enfiló su avión hacia el contrario, oprimiendo las ametralladoras. Vio cómo el otro aparato despedía un chorro de humo y sonrió con ferocidad miró en torno suyo, sin ver a un solo enemigo. Había vencido de nuevo y se encontraba dominando el aire. Luego tomó el micrófono:

—Jefe de patrulla a pilotos. Regresemos. Corto.

Mientras los aparatos rehacían la formación, pudo ver cómo uno de ellos navegaba con inseguridad. Tomó el micrófono y exclamó:

—Jefe de patrulla a A 2. ¿Qué le ocurre? Conteste. Corto.

Llegó la respuesta:

—A 2 a jefe de patrulla. Me han fastidiado. Peso unos gramos más en plomo. Corto.

Bain sería igual, hasta que un proyectil acabara con su vida.

—Sosténgase hasta el aeródromo. ¿Puede hacerlo?

—Qué remedio me toca. Corto.

Siguieron volando hasta la base. Allí avisó el joven:

—¡Atención, atención! Uno de los pilotos viene herido. Preparen ambulancia. Contesten.

Mientras los aviones se disponían a tomar tierra, una ambulancia, tripulada por el capitán Thompson y por varios enfermeros, avanzó por el campo, en dirección a las pistas de aterrizaje.

Gatling tomó tierra, saltando de la carlinga al instante. El servicio extintor de incendios se encontraba dispuesto, por si el aparato de Bain sufría algún accidente. Price acudió corriendo y se acercó a James.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los japoneses nos atacaron. Derribamos a la mayoría.

El mayor asintió. Sabía que Gatling no mentía y que, de haber provocado la lucha, no lo hubiera negado.

Bain aterrizó sin novedad y abrió la carlinga. Los enfermeros acudieron a sacarle de allí. Sonrió el piloto, contemplando a los sanitarios, y exclamó:

—¿Por qué no han venido chicas? Es mucho más agradable.

Mientras le tendían en una camilla, el capitán Thompson le examinó con atención.

—No es grave, pero es preciso extraerle una bala que tiene en el hombro. Lo trasladaremos al hospital.

—¡Hurra! Allí hay mujeres.

Le cargaron en la ambulancia y le trasladaron al hospital a toda prisa. Aquella misma noche le operaron.

Patricia entró en la sala donde los heridos leves y los convalecientes se reunían para charlar. El sargento Smith, de los Bronx, explicaba a un compatriota enfermo, a un chino que había estado en San Francisco y a otro natural de esta ciudad:

—Os aseguro que el teniente Bain es el tío más formidable que ha llegado hasta aquí. Cuando le anestesiaban pedía el número de teléfono de la enfermera, y cuando se recobró del cloroformo preguntó a la enfermera si lo había pensado bien y si quería salir con él aquella tarde.

Patricia quedó un tanto sorprendida. Bain. Aquel nombre lo recordaba muy bien. Era aquel hombre que, según el mayor Price, conocía de antiguo a James. Debía tratarse del piloto que fue operado la noche antes.

Ella no se encontraba de turno y no asistió a la operación. Sin embargo, sabía la habitación en la que se encontraba, y también que no corría peligro.

Sintió tentaciones de ir a verle y de averiguar qué era lo que a Gatling le había ocurrido. Sin embargo, se contuvo. No era cosa suya y, por otra parte, resultaría una incorrección tremenda.

Sin embargo, al pasar ante la habitación que el piloto ocupaba oyó la voz de éste a través de la puerta abierta:

—... desde luego, es bastante más divertido que el Chaco. Aquello era bastante duro.

Se detuvo y contempló el interior de la habitación. En torno al

lecho del herido, que fumaba un cigarro y tenía un vaso de *whisky* en la mesita de noche, se veían dos o tres enfermeras, entre las que no podía faltar Evelyn, y un sanitario. Bain la distinguió y sonrió, diciendo:

—Entre usted, preciosidad. Me siento más a gusto cuanto más caras bonitas tengo a mi lado.

Rieron todas, y Bain añadió:

—Me gusta correr mundo, y esto es divertido. Lo mejor de todo es que encuentra uno a antiguos amigos.

Patricia se estremeció. Aquello iba dirigido sin duda al capitán Gatling.

Entró entonces el médico de guardia, y dijo:

—Es preferible que le dejen a solas. Una enfermera, sin embargo, debe quedarse a su lado. —Se volvió hacia Patricia y propuso—: Usted puede hacerlo, Grattan si no tiene servicio.

La muchacha asintió. Salieron, dejándola junto a Bain. Éste dio una chupada a su cigarrillo y sonrió.

—Bueno, si no le importa charlaremos. Me aburro aquí, aunque, si le he de ser sincero, me encuentro a gusto. Buena cama, buen tabaco, *whisky* y chicas guapas. No me puedo quejar.

—¿De dónde es usted? —preguntó la muchacha.

—De Illinois. Pero salí de allí muy niño. Estuve empleado en un aeropuerto. Me gustó la aviación y conseguí un título de piloto. Luego ingresé en los marines como aviador. Llegué a sargento, pero al licenciarme me enteré de que en el Chaco hacían falta aviadores. Luché por Bolivia, aunque a mí me daba lo mismo que el Paraguay. No me puedo quejar de aquella época. Buena paga y diversiones. Además, yo no resulté ni siquiera herido. Luego, al regresar a los Estados Unidos, volví a ingresar en los marines y después fui piloto de pruebas.

—¿Fue en el Chaco donde conoció al capitán Gatling?

La pregunta fue hecha casi sin que la muchacha se diera cuenta de que la hacía. Se le escapó, a pesar de sí misma. Se sorprendió de haberla hecho, pero comprendió que hacía un buen rato que le quemaba los labios.

—¿En el Chaco? —repitió Bain—. No, Gatling era demasiado señorito para estar allí. Aunque había un conde alemán que llevaba siempre monóculo. A Gatling le conocí cuando era piloto de

pruebas. Su tío era el presidente de la empresa para la que yo trabajaba.

Patricia le miró asombrada.

—De no ser por tratarse de un sobrino —continuó el piloto—, no creo que le hubieran tenido empleado allí. Era bastante inútil. Por esta causa pasó todo. Le aseguro que me extrañó verle convertido en capitán de este grupo. Y al parecer tiene energía y valor.

Patricia no quiso preguntar más. No deseaba ahondar en el pasado de aquel hombre que de una situación opulenta se había encontrado en China, convertido en un aventurero del aire.

CAPÍTULO XI

DUELO EN LOS AIRES

El mayor Price contempló la formación de bombarderos chinos a la que daba escolta y luego el cielo limpio que se extendía sobre la base japonesa.

Los «ceros», se dijo, no tardarían en aparecer, y era preferible estar dispuesto para recibirles. Sabía que la táctica japonesa indicaba la conveniencia de atacar primero los cazas, y cuando éstos se encontraran enfrascados en la lucha, otra oleada se lanzaba después sobre los bombarderos.

Ellos lo hacían al contrario, y el mayor no había decidido aún cuál de las dos tácticas era más recomendable.

Los cazas volaban con seguridad, esperando el ataque enemigo. Price tomó el micrófono y ordenó:

—Jefe de formación a pilotos. Listos para el combate.

Como si hubieran oído sus palabras, de detrás de unas nubes aparecieron unos grupos de cazas japoneses. Price ordenó de nuevo:

—No separarse de los bombarderos. Detener todo intento japonés.

Sabía que sus hombres iban a cumplirlo y que ninguno de ellos fallaría ni un solo momento. Gatling, no lejos de él, pilotaba su avión, dispuesto a entrar en fuego.

Los «ceros» fueron avanzando, eligiendo los blancos sobre los que debían lanzarse. Los pilotos, desde sus aviones, se medían y se disponían al combate. La orden era tajante. Para los japoneses, tan sólo romper la formación defensiva y atacar los bombarderos. Para los americanos, no dejar pasar los aviones enemigos.

Por un instante, las dos formaciones enemigas se miraron, como si se midieran. Los «Tiburones del Aire» no variaron de posición,

esperando el ataque enemigo. Los japoneses se desplegaron en orden de combate.

De pronto, los «ceros» cargaron sobre los adversarios, buscando el punto muerto en el aparato rival. Los americanos se dispusieron a esquivar el ataque, saliendo al encuentro de los japoneses, pero sin descuidar la guardia de los bombarderos.

El mayor Price había esperado con ansia aquel momento. Para él tenía suma importancia poder estudiar los bombarderos, ya que deseaba completar sus notas.

Gatling se alzó en el aire, buscando un aparato enemigo. Vio un «cero» que cargaba ferozmente hacia los aparatos pesados y se lanzó sobre la cola. Comenzaron a tabletear las máquinas y pudo ver cómo los proyectiles agujereaban el fuselaje del aparato. Éste comenzó a echar humo y después se desvió, perdiéndose en el cielo. No lejos del capitán, un aparato americano se incendió, cayendo en barrena.

Price pudo ver cómo dos «ceros» se acercaban a un bombardero, atacándole por la parte de abajo, único punto muerto de los aparatos. Se lanzó sobre ellos, disparando sus ametralladoras. Los «ceros» se revolvieron, intentando derribarle. Los aparatos describieron círculos en el aire, atacándose y huyendo. Al fin, uno de ellos fue derribado por el mayor y el otro fue averiado.

Mientras buscaban otro aparato enemigo, Price se decía que era preciso artillar aquel lugar del bombardero. En una guerra, serían vencidos en cuanto los pilotos de caza conocieran aquel lugar.

Un caza se lanzó sobre un bombardero, pero el artillero del pesado aparato apuntó con cuidado y comenzó a hacer fuego sobre el avión que se acercaba. El «cero», alcanzado por la metralla, saltó en el aire, despedazado.

La lucha continuaba con saña, pero los bombarderos seguían su camino hacia el objetivo señalado. Sobre la base japonesa se cernía ya el peligro del bombardeo adversario. La alarma había cundido y el personal de tierra corría hacia los refugios, intentando ocultarse y defenderse de la metralla. Las piezas antiaéreas comenzaban sus disparos, formando en el cielo blancos círculos de humo y esparciendo la metralla por el camino de los aviones.

De improviso, un caza estalló en el aire y otro se vino abajo, alcanzado por el fuego antiaéreo.

El jefe del grupo de bombardeo, un chino joven y frío, ordenó por el micrófono de laringe:

—Jefe de grupo a pilotos. Comiencen a descargar las bombas. Elijan los blancos ya señalados. Corto.

Un bombardero fue alcanzado por la artillería y, envuelto en llamas, cayó hacia el objetivo que habían ido a bombardear. Otro aparato pesado, al que asediaban tres cazas enemigos, comenzó a despedir una estela de humo y se desplomó, como si le arrastrara una fuerza magnética.

El jefe del grupo pasó ante el depósito, de gasolina, señalado por el mando como uno de los objetivos, y dio la orden:

—Atención, las bombas.

El sargento bombardero accionó las palancas y los pesados proyectiles fueron cayendo sobre el lugar indicado. Las explosiones se sucedieron con una extraordinaria rapidez. Luego, una horrorosa detonación se alzó sobre el rumor de los aviones y sobre los estallidos de las bombas. Habían dado de lleno en el blanco.

Siguió adelante el grupo de bombardeo, buscando los restantes objetivos. Los observadores, desde sus puestos, indicaban a los pilotos los lugares donde éstos se encontraban. Los sargentos bombarderos accionaban las palancas, dejando caer los explosivos. Toda la base se estremecía con las detonaciones.

Caían aparatos de uno y de otro bando, alcanzados por los proyectiles o por la artillería antiaérea. Pero el ataque continuaba, a pesar de todo.

Gatling se había desembarazado de sus contrincantes y se disponía a buscar otros. Pero la, barrera de cazas enemigos era ya muy débil y casi todos se hallaban perseguidos por algún americano.

Entonces vio una pieza antiaérea que amenazaba a los combatientes del aire y tuvo una idea audaz. Hizo picar al aparato y se lanzó furiosamente sobre el cañón. Comenzó a tabletear sus armas, atacando a los servidores de la pieza. Éstos se agitaron un instante, pero enseguida fueron alcanzados por las ráfagas que lanzaba el avión enemigo.

Luego el cañón enmudeció para siempre.

Al remontarse, Gatling divisó un «cero» que le atacaba desde lo alto. Se encontraba en mal lugar y era difícil defenderse. Tan sólo

tenía una solución. Se dejó caer en barrena, como si le hubieran alcanzado. Sentía cómo la presión aumentaba. Sabía que si a última hora le fallaban los mandos, se estrellaría, pero no perdió la serenidad. Tiró nuevamente de la palanca de mandos y enderezó el avión. Luego se elevó a toda velocidad, buscando al «cero», que, desprevenido, no esperaba su ataque.

Comenzaron a tabletear las ametralladoras, alcanzando el avión contrario, que se vino abajo, dejando tras de sí una estela, de humo.

El jefe del grupo, en aquel momento, ordenó por el micrófono:

—Jefe de grupo a pilotos. Regresemos. Corto.

El mayor Price repitió la orden para los cazas, y toda la formación aérea se replegó, iniciando el regreso a la base. A sus espaldas quedaban los aparatos derribados y los objetivos destruidos. La guerra del aire, dejaba siempre la estela de un triste recuerdo.

CAPÍTULO XII

PARÉNTESIS

Gatling se entrevistó con el coronel Chennault, al que acompañaban el teniente coronel Whiteman y el mayor Price. El capitán ayudante tomaba notas, según las indicaciones del coronel.

Claire Chennault había escuchado con interés el relato del bombardeo que hizo el mayor. Hubo algo que le interesó aún más que el resto e hizo llamar al capitán.

—Tengo entendido —dijo el coronel— que atacó usted una pieza antiaérea, aniquilando a los servidores.

—En efecto, señor.

—Cuénteme usted con detalle cómo lo hizo.

Quedó algo sorprendido James, ya que no recordaba muy bien los detalles. En la borrachera de la batalla había divisado la batería, y sin pensarlo dos veces picó hacia ella. Descendió muy bajo, para que los proyectiles no pudieran alcanzarle, y luego abrió fuego con sus ametralladoras.

Chennault quedó un instante silencioso. Luego dijo:

—¿Usted decía, Price?

—Que queda demostrado, a pesar de lo que opinen en Washington, que la aviación no es sólo un arma de bombardeo. Es cierto que García Morato lo había demostrado ya y que los alemanes no han hecho más que repetir su hazaña, pero Gatling ha realizado lo que se considera en Europa como aviación de asalto.

Chennault asintió.

—Es cierto. Si en vez de tratarse de un cañón hubiera sido una posición enemiga, el capitán Gatling hubiera podido atacarla con sus ametralladoras, aniquilando a los defensores. O quizás lanzando bombas ligeras.

—Exacto —convino el teniente coronel.

—Sería una gran ayuda para la infantería —dijo Chennault.

—Pero es preciso conseguir un tipo de avión más seguro que el caza y más preparado —volvió a decir el coronel.

Gatling, sorprendido, escuchaba cómo se iba configurando la estructura de un nuevo ejército, el aéreo, que hasta entonces tan sólo fue una sencilla arma más.

El sargento Smith les decía a sus amigos del hospital:

—Os habréis dado cuenta de que el ataque al cañón ha sido realizado por un tipo de América. Precisamente por un americano. La parentela de mi Tío Sam es así.

El chino educado en San Francisco añadió:

—Verás cómo alguno de mis compatriotas repite la hazaña.

—No lo dudo, muchacho, no lo dudo. Pero el primero fue el capitán Gatling, de los Estados Unidos.

En su dormitorio, Bain sonreía, diciendo a las enfermeras que iban a visitarle como entretenimiento:

—Se necesita valor y pericia para hacer lo que ha hecho el capitán Gatling. Que tenía pericia como aviador, lo sabía. Pero ignoraba que tuviera valor y que fuera capaz de una decisión así. A pesar —añadió— de que en una batalla casi no piensas lo que haces.

—¿Cómo era Gatling en América? —preguntó Evelyn.

Bain rompió a reír.

—No he visto un muchacho más atolondrado y más alegre que Jimmy Gatling. Desde luego, se divertía lo suyo y tenía partido entre las muñecas. Bien plantado, simpático y con pasta, no se le resistía una, sola.

Patricia salió de la, habitación, sintiendo un extraño malestar. Al fin y al cabo, se decía, era natural que James fuera todo eso. No era de extrañar que las mujeres se sintieran atraídas por él. No comprendía por qué se sentía tan molesta.

Poco después, «Candy» la avisó de que había un piloto esperándola. No quiso hacerse ilusiones y supuso que se trataría de Price o de Reynolds. Se arregló el cabello y salió hasta la entrada. Allí se encontraba Gatling, impecable en su uniforme de verano. La corbata bien anudada, la camisa limpia y planchada, los zapatos

relucientes. Todo en él indicaba al antiguo «*dandy*».

—Hola, James.

Mientras le estrechaba la mano, el aviador exclamó:

—Tengo mi coche ahí fuera. Si no tienes nada importante que hacer, podríamos salir a dar una vuelta.

La muchacha asintió, y una vez en el vehículo avanzaron por la carretera llena de polvo, saltando por los baches, en dirección hacia el río, donde el aire era mucho más fresco.

James detuvo el coche y sacó la petaca, ofreciendo a la muchacha un cigarrillo. Ambos permanecieron silenciosos un instante, aspirando el humo de los cigarros. De pronto Gatling exclamó:

—Me gusta mucho este lugar por lo apacible que resulta.

Ella asintió.

—¿Vienes aquí con frecuencia?

—Sí. Aquí me siento a leer.

La muchacha le miró un instante. Luego:

—¿Por qué te arriesgas tanto, James?

—¿Arriesgarme? ¿Quién no se arriesga en la guerra?

—¿Era necesario que atacaras esa batería?

Él sonrió.

—Veo que te lo han contado. Tú, por lo menos, no me llamas héroe. No sé por qué lo hice. Simplemente, vi la pieza y atacué. Me salió bien.

—Algún día, estas audacias pueden salirte mal.

Él se encogió de hombros.

—No creo que esto importe mucho. ¿Qué puede importar la muerte de un piloto voluntario?

La muchacha le contempló con frialdad y un tanto exasperada.

—¿Por qué te gusta tanto presumir de hombre cuya vida ha concluido?

Él le dirigió una furiosa mirada. Después sonrió con amargura.

—Es que es así. Mi vida ha concluido. Tú no puedes comprenderlo. Para ti, el mundo aún guarda muchos atractivos. Eres joven, bonita, te gusta tu profesión. Tienes todo lo que hace que la vida sea hermosa.

Ella le miró nuevamente, con cierto enfado.

—Tú también eres joven. Estás sano física y mentalmente. No sé

los motivos que puedes tener para haber venido a China, pero aquí te has destacado mucho y se te considera como a uno de los mejores pilotos del grupo. ¿Es que la aviación no te gusta?

Él asintió.

—Entonces, también tú te encuentras en esta situación.

De pronto Patricia quedó silenciosa, dándose cuenta de las palabras que había pronunciado. Ella había sentido lo mismo que el piloto, y, sin embargo, le molestaba que esto se dijera. ¿Por qué razón había intentado animar a Gatling, cuando ella misma se había repetido hasta la saciedad todo lo que él decía?

James sonrió.

—Supongo que esto quiere decir que soy un cobarde. Bien, ¿cuándo me das la pluma blanca[2]? Será estupendo. Enfermera condecora a bravo piloto con emblema de cobardía. Serán unos estupendos titulares para la prensa americana. Ya sabes que hay muchos que nos odian. Los «Tiburones del Aire» somos unos indeseables a los que se debería prohibir incluso la existencia.

Patricia quedó, silenciosa.

—No he dicho que seas un cobarde —exclamó al fin—. Lo único que deseo es que te des cuenta de que tu situación no es tan desesperada como parece creer. Por otra parte —añadió—, no eres tú solo quien cree tener la vida acabada.

CAPÍTULO XIII

DOS HISTORIAS

James la contempló, sorprendido.

—¿Tu vida...? —comenzó a decir.

Patricia asintió, clavando la mirada en el paisaje. No sabía la razón, pero sentía deseos de revelar a alguien la amargura que se albergaba en su alma. Enseguida se dijo que no deseaba revelárselo a alguien, para descargar su corazón. Deseaba que él supiera la verdad.

—Me han alabado mucho, diciéndome que una enfermera joven y bien acostumbrada como yo, competente y hábil, era una heroína al abandonar América, con un brillante porvenir, y venir a China a cuidar enfermos y heridos. Están equivocados. Vine aquí para pagar una deuda que tenía contraída conmigo misma. Verás. —Hizo una pausa y su memoria se remontó a años atrás, cuando comenzaba su vida profesional—: Hace años me enamoré de un médico joven. Él me quería también. Era un hombre sincero, bueno e inteligente. Ralph y yo habíamos decidido casarnos. Tenía buenas ofertas de distintas entidades, pero prefirió venir a China. Yo me desesperé y le dije, que no me quería, pues era absurdo pretender que cambiara la vida cómoda de América por la de China. Sin embargo, él me dijo que, como médico, debía cuidar de los que sufrían y de los que no tenían quién les atendiera. En China, añadió, había millares de seres que morían por falta de asistencia médica. Había una misión sanitaria que procuraba llegar a todos los pueblos y él se había alistado en ella. Me desesperé y le dejé marchar solo. Pero luego me di cuenta de que no podía abandonarle y le escribí. Así continuamos bastante tiempo. No me atrevía a ir a ningún lado, pensando siempre en la vida que llevaría Ralph en China. Un día recibí una

carta del jefe de la misión sanitaria, en la que me decía que Ralph había muerto de fiebre en un poblado del interior. Estaba solo y nadie pudo cuidarle—. Patricia hizo una pausa. Le parecía mentira estar revelando todo aquello a un hombre, extraño hasta bacía poco. Luego siguió: —Creí morir de desesperación. Me acusaba de ser la culpable de la muerte de Ralph. Si no le hubiera abandonado, hubiese podido cuidarle yo y hacer que sanase. Además, recordó todo lo que él me había dicho de los chinos enfermos y comencé a estudiar el problema de este país. La Embajada me envió, al pedírselo, datos acerca de los enfermos, y la misión hizo lo mismo. Me di cuenta de que por culpa mía iban a quedar abandonados y decidí pagar mi deuda. Abandoné la clínica en la que trabajaba y vine hacia aquí. Esto es todo.

James guardó silencio. Al poco rato, añadió:

—Comprendo lo que te ocurre. Me había equivocado. Creí que todo te sonreía y veo que también la desgracia ha querido humillarte. Yo tengo motivos similares para haber venido aquí.

Patricia le miró un instante. ¿Habría una mujer en su existencia? Se acarició el cabello, casi sin darse cuenta de lo que hacía. Gatling dio una chupada a su cigarrillo, clavando la mirada en el horizonte. Luego explicó:

—Mi padre y mi tío fundaron la Compañía de aviación del Noroeste. Construían aviones y los vendían a todo el mundo. Era una gran empresa. Cuando murió mi padre, mi tío dirigió toda la Compañía, pero sin olvidarse de mí y de mi madre. Siempre, desde niño, supe que iba a formar parte de ella y no pensé en otra cosa. Aprendí a pilotar cuando otros chicos comienzan a ir en moto. Pero no me preocupaba nada. Mi madre no me negaba un solo capricho. Yo trataba mucho a mis primos. Tanto, que David era como un hermano para mí. Estudiábamos juntos, nos divertíamos juntos y salíamos juntos con chicas. Pero él valía mucho más que yo. Era más serio y más inteligente. También era el más decidido. —Hizo una pausa el joven, como si le resultara doloroso, físicamente, todo lo que estaba relatando—. Al fin entramos los dos en la Compañía. Mi tío exigió que lo hiciéramos desde abajo, para conocerla a fondo. Al principio, después de haber abandonado la escuela, nos resultó un poco difícil, sobre todo a mí. Mi primo David consiguió, a fuerza de voluntad, acostumbrarse casi enseguida. Llegaba puntual y no

faltaba nunca. Pero yo no podía acostumbrarme. Salía todas las noches y me divertía mucho. Llegaba tarde a mi trabajo y no había manera de que me tomara en serio el empleo. Sabía que tarde o temprano debería ser el director y esto hacía que no me importara faltar. Sin embargo, David, que estaba en las mismas condiciones que yo, no faltaba ni un solo día.

Calló un instante el joven y la muchacha le contempló con fijeza. No había entonces en su boca contraída la dureza que solía descubrirse; faltaba aquella mañana y tan sólo se adivinaba en él una profunda amargura, una tristeza infinita.

—Yo estaba encargado de revisar los aviones que los pilotos de prueba debían probar. Un día salió de la fábrica un tipo de avión nuevo, diseñado por mi primo. Éste quería probarlo él mismo, ya que podía tener fallos. Se tuvo que marchar pronto y me dijo que lo revisara yo en persona, ya que al día siguiente lo pilotaría. Quería que fuese yo mismo. Le aseguré que lo haría, pero cuando iba a hacerlo me llamó una amiga mía, invitándome a salir. Decidí revisarlo a la mañana siguiente. Pero aquella noche bebí demasiado y llegué tarde al trabajo. Me telefoneó David preguntándome si había revisado el avión, y medio dormido le dije que sí. Me desperté más tarde y fui al aeródromo. Vi mucha gente reunida y una ambulancia. Pregunté qué había pasado y me dijeron que un avión se había estrellado. Era el de mi primo. David había muerto abrasado. Los técnicos, al repasarlo, comprendieron que no se encontraba en estado de volar. Le faltaba una pieza. Yo lo hubiera visto enseguida, pero por descuido no lo hice. Sentí horror de mí mismo. Comprendí que era el único responsable de la muerte de David y me sentí como un asesino. Aquel muchacho era como mi hermano y valía mucho más que yo. Por ser un inútil y un irresponsable. Sentí vergüenza y asco de mí mismo, comprendiendo lo que era en realidad. Luego siguió el tormento. Durante los funerales, al ver el dolor de mis tíos e incluso la pena de mi propia hermana, de la que no sabíamos que estaba enamorada de David, me di cuenta del crimen que había cometido y confesé que era el culpable. Nadie se atrevió a decirme nada, pero no fue necesario. Abandoné la casa y vagué durante varios días por el país, sin saber qué hacer ni dónde ocultar mi tragedia. Me daba cuenta de que era un asesino, de que por culpa mía había sufrido mucha gente. Era ya

un ser a quien nada ni nadie podía enderezar. Entonces me enteré de que en China necesitaban aviadores. Conocía ya la existencia de los «Tiburones del Aire», pero no había pensado en ellos. Fui a alistarme y vine aquí. He ascendido y me consideran un buen piloto. No sé, no sé. Pero aunque luche contra mi instinto por cumplir bien y procure por todos los medios ser un hombre distinto, llevo en mi alma el sello de aquella tragedia y del delito cometido. Siempre que intentase algo, aunque fuera avanzar en esta carrera, como tú has dicho, recordaría el crimen que cometí y me sentiría otra vez el inútil Jimmy Gatling.

Ambos callaron. Sólo entonces pudo imaginar la muchacha el dolor y la tristeza del joven que, por un descuido, por su naturaleza irresponsable, había matado a su mejor amigo, casi a su hermano.

Aquella amargura, aquel deseo de morir y aquella dureza que le apartaba de todos, eran naturales en él. Se dijo la muchacha que no tenía palabras ni pensamientos para consolarle.

—He esperado —dijo de nuevo el aviador— que algún día, en un combate, encontraré un piloto que tenga mi bala.

Ella sintió deseos de llorar, pero se contuvo. No había nada, nada, que pudiera hacer o decir para consolarle.

CAPÍTULO XIV

SOBRE EL CIELO AZUL

El oficial de campo agitaba la bandera, dando la señal de partida a los aviones. Desde la torre de mando, el coronel Chennault veía partir los aparatos, dirigidos por el teniente coronel Whiteman.

Una patrulla de reconocimiento había señalado la presencia de una potente columna japonesa, destinada a reforzar las líneas sobre aquel sector. Tras una larga reunión, el coronel Chennault y sus ayudantes decidieron enviar una formación de cazas para atacar la columna. No era la primera vez que la aviación se lanzaba sobre la infantería, pero querían comprobar las posibilidades que pudiera tener la que comenzaba a llamarse en léxico militar aviación de asalto.

Uno a uno, los aviones avanzaban por las pistas de aterrizaje, iniciando el despegue cuando el oficial de campo hacía, señales con la bandera.

Gatling sonrió, en el momento de unirse a la columna de vuelo, diciéndose que quizás aquella operación, en la que tantos aviadores podían morir, había sido inspirada por un golpe de fortuna que le permitió acallar una pieza antiaérea.

El mayor Price se encontraba ya en pleno vuelo, avanzando hacia la dirección señalada.

El capitán, continuando sus pensamientos, se dijo que parecía que todas sus decisiones se caracterizaban por el hecho de significar vidas humanas.

La formación siguió adelante, abandonando el campo de aterrizaje que quedaba a sus espaldas. Sabían que todos les despedían, preguntándose qué iba a resultar de aquel ataque en masa.

Siguieron volando por el cielo azul, libre de nubes. Whiteman ordenó que se elevaran, para huir de posibles vigías enemigos.

Una a una, las escuadrillas obedecieron, remontándose. Desde su aparato, Gatling contempló la tierra de China, rota por los obuses. Aspiró hondo el viento que recogía, con la carlinga abierta. Sentía una paz cínica y sin esperanzas.

De pronto, el grupo avanzado anunció la presencia de fuerzas japonesas. Whiteman ordenó por radio:

Jefe de vuelo a pilotos. Adopten formación de combate. Corto.

Los aviones se fueron colocando según el sistema adaptado para luchar. A lo lejos se descubrieron las manchas oscuras que formaban los soldados y los camiones enemigos.

El teniente coronel Whiteman adelantó a los aviones de exploración, colocándose en cabeza de sus aparatos. Todos permanecían atentos al aparato del jefe, que avanzaba, seguro y decidido, hacia la columna contraria.

De improviso, llegó a todos los aparatos la voz del teniente coronel, que decía:

—Jefe de vuelo a pilotos, jefe de vuelo a pilotos. Atacamos. Recuerden órdenes. Corto.

Los aviadores cerraron las carlingas y aferraron las palancas de mando. Todos y cada uno de ellos sintieron la emoción del ataque y se humedecieron los labios. De un momento a otro iban a lanzarse sobre los japoneses y podían morir. Incluso entre los aventureros que formaban parte de los «Tiburones del Aire», el salto al más allá impresionaba.

De improviso, el teniente coronel picó, lanzándose sobre las tropas enemigas. Tras él avanzaron los demás aviones, en oleadas. Estas oleadas, en formación, deberían pasar una y otra vez sobre la columna adversaria, hasta que les dieran orden de regresar.

Desde los aviones vieron cómo las tropas japonesas deshacían sus pelotones y sus compañías, corriendo de un lado para otro, en un intento de salvarse y de huir a ocultarse en las cunetas y en los accidentes del terreno.

De los vehículos saltaban los conductores y los soldados, huyendo hacia el campo abierto. Los grupos de ametralladoras emplazaban las máquinas para defenderse del ataque aéreo.

Las ametralladoras comenzaron a tabletear, lanzando plomo

sobre las tropas enemigas. Las formaciones fueron descendiendo y pasando sobre la columna adversaria, de modo que cuando el último grupo había concluido el vuelo, el teniente coronel se encontraba ya dispuesto a iniciar otro vuelo rasante.

Gatling divisó las figuras que huían y se agitaban. Los vehículos se encontraban detenidos, mientras del interior saltaban sus ocupantes, huyendo hacia el campo y ocultándose bajo ellos, para protegerse de las balas.

Apretó el botón de la ametralladora y vio en la tierra un reguero formado por los proyectiles. Un par de japoneses cayeron alcanzados por las balas. Un coche se incendió, al tiempo que un grupo se deshacía, cayendo los hombres y tropezando otros con los cuerpos.

Vio una ametralladora que disparaba contra ellos y se lanzó, muy bajo, al ataque. Fuera del área de tiro, pulsó el botón de la ametralladora y siguió adelante, viendo cómo los servidores de la máquina se desplomaban, alcanzados por los proyectiles.

Siguió adelante y se remontó nuevamente, siguiendo a los que le precedieron. Se volvió para ver cómo su escuadrilla le seguía a su vez. De nuevo le llegaba el turno de ataque y se dispuso, viendo cómo seguían huyendo algunos soldados y cómo otros permanecían en el suelo, inmóviles y procurando no ser advertidos.

Se lanzó en picado, buscando los vehículos. Las ametralladoras tableteaban de continuo y los proyectiles iban alzando nubes de polvo de la carretera. Pero los servidores de las máquinas antiaéreas se pegaban a sus armas, lanzando ráfaga tras ráfaga sobre los aviones que les atacaban. Junto a Gatling, un avión se incendió, comenzando a echar humo y a zarandearse.

De nuevo debieron lanzarse sobre la columna, batiendo a sus hombres y a sus vehículos.

Al fin se oyó la voz del teniente coronel, que decía:

—Jefe de vuelo a pilotos, jefe de vuelo a pilotos. Regresemos. Regresemos. Corto.

Por grupos, la formación aérea inició su marcha, alejándose de allí. Price fue quizás el único que comprendió la importancia de lo que había hecho. La aviación americana entraba en una nueva fase, cuyos resultados no podían prever.

CAPÍTULO XV

PERPLEJIDAD

James Gatling, tendido en su camastro, pasaba revista a los acontecimientos del día.

En la oscuridad que dominaba su habitación, tan sólo se veía el punto rojo del cigarrillo que fumaba. Las volutas de humo, invisibles, se alzaban hacia el techo.

El triunfo obtenido, a pesar de impresionarles a todos vivamente, no era lo más importante. Tampoco lo era el hecho de que varios compañeros hubieran sido abatidos. No se les olvidaba, ni tampoco querían ignorarlo, pero esto no era nada extraordinario en aquel grupo de pilotos.

Había algo muy distinto que le preocupaba y que le intranquilizaba.

Todos los pilotos, al atacar, recordaban algo. Algunos, tan sólo una cita concertada con una muchacha para la hora de regreso. Gatling ni siquiera había pensado en esto. Únicamente sonreía y esperaba los acontecimientos. Aquel día fue todo muy distinto.

En el instante en que accionó la palanca de mando, recordó a Patricia y tuvo ante sus ojos, por un instante, la imagen de la muchacha.

¿A qué obedecía esto?

Él sabía muy bien que tan sólo podía esperar la muerte. Su vida había concluido. Únicamente en aquel rincón de China, donde la guerra lo borraba todo, podía vivir tranquilamente o, al menos, seguir en el mundo, en una existencia sin objetivo.

¿Por qué recordaba entonces a aquella muchacha? En la vida de Gatling existían muchas mujeres. Precisamente por el hecho de encontrarse varias, ninguna de ellas pudo importar lo más mínimo.

Incluso en China había tenido amores con distintas muchachas. Recordaba a una china, de cierta cultura, que procuraba por todos los medios calmar su amargura. También recordaba a una cantante norteamericana que le siguió durante bastante tiempo de campamento en campamento.

Pero nunca las había recordado en el momento de iniciarse el combate. No comprendía por qué aquélla, a la que ni siquiera había besado, con la que tan sólo le unía una amistad reciente, podía ser tan distinta a las otras.

Se daba cuenta de que necesitaba su compañía y de que tan sólo deseaba verla. Al principio lo achacó a su condición, tan distinta a la de otras mujeres que en China había conocido. Le traía el recuerdo de su hogar.

Pero entonces se daba cuenta de que había algo más, algo que hasta entonces no sintiera jamás.

Esto le parecía absurdo y, sin embargo, se daba cuenta de que no podía ser otra cosa. Estaba enamorado de aquella mujer. Esto le preocupaba. ¿Cómo podía él hablarle de amor a una mujer, cuando su vida carecía ya de objetivo y de meta? Sin embargo, no cabía duda de que para él no existía otra muchacha más que aquélla.

Tal vez, se dijo, únicamente podía unirles el hecho de que ninguno de los dos tuviera esperanzas, no deseara nada. Esto podía haberles unido y haber hecho que se sintieran atraídos mutuamente. Los seres humanos no podían estar eternamente sin ternura.

Aquella verdad la había aprendido en la guerra, donde los aventureros endurecidos buscaban la compañía de las artistas de los tea trillos para soldados, consiguiendo así un remedo de cariño.

Pero se decía que era absurdo. Sería preferible no verla más y acabar de una vez para siempre.

Patricia contemplaba, desde la ventana de su dormitorio, el campo de aviación.

En silencio, mientras fumaba un cigarrillo, observaba los edificios que bañaba la luna y asimismo la torre de mandos. Allí se encontraba James. Aunque éste fuera su nombre, ella le denominaba con el sencillo pronombre de él. Siempre había sido así, casi desde que se conocieron.

¿Qué estaría haciendo entonces? Le imaginaba en su habitación reponiéndose de la tensión pasada durante el combate o

reuniéndose en la cantina con sus compañeros. Sabía que muchos pilotos relajaban así sus nervios.

Se había asegurado de que Gatling regresó sin novedad, pero se sentía un tanto defraudada. Había esperado, sin razón alguna, a que él viniera a verla en cuanto aterrizaran. Pero no fue así. Ciertamente que era ya muy tarde y que una operación aérea de aquella envergadura fatigaba mucho. Pero así y todo, se sentía un tanto defraudada.

Prefería pensar que James se encontraría entonces acostado, descansando. No le agradaba imaginarle en el club de oficiales, bebiendo y riendo con sus amigos.

La muchacha se sentía desconcertada. No podía imaginar qué era lo que estaba sucediendo. Aquella ansia por ver a James no era lógica. Había permanecido tantos años apartada de todo, que entonces era absurdo aquel deseo de encontrarse a su lado.

Evelyn entró en el dormitorio y encendió la luz. Patricia se volvió hacia ella, sorprendida.

La enfermera la contempló con socarronería y preguntó:

—¿Ya has terminado de construir castillos en el aire?

Patricia la contempló, un tanto sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Evelyn sonrió.

—No creas; tengo mis dudas. Si ha regresado de la expedición de hoy, no tienes por qué preocuparte —añadió después.

Patricia la miró sorprendida.

—Pues no sé a qué te refieres.

La enfermera se sentó en el lecho, apresurándose a quitarse los zapatos.

—Bueno, bueno, ¿es que quieres que lo adivine? Está bien, como gustes. Estabas pensando en un hombre.

Patricia hizo un gesto de extrañeza.

—No sé por qué lo dices.

—Es bastante fácil de adivinar. Cuando una mujer se queda pensativa, mirando por una ventana, o se tiende en el lecho y queda sola y a oscuras, únicamente puede ser porque piensa en un hombre. —Contempló a Patricia y añadió—: Pero no te preocupes. Tendría que ser un imbécil para no darse cuenta de lo que vales. Casi todos los heridos están enamorados de ti.

Evelyn se dispuso a acostarse, y suplicó:

—Apaga la luz. Así podrás soñar más a gusto.

Patricia obedeció, tendiéndose en el lecho. Sí, estaba pensando en un hombre, y esto la desconcertaba. Al fin y al cabo, se dijo, ¿por qué no podía hacerlo? Pero sabía que todos los razonamientos que se hiciera serían falsos. Debería reconocer que estaba enamorada de Gatling.

Hacía años que no soñaba más que en Ralph, pero éste pertenecía ya al pasado. Un pasado que la había conducido allí. Sus relaciones con Ralph habían sido muy breves, permaneciendo separados casi siempre.

El recuerdo era cada vez más débil, y James representaba la realidad, la vida, que estaba ante ella y que no permitiría que la ignorase.

Se preguntó qué pensaría de todo aquello y cuál sería su reacción ante el amor y la ternura que ella le brindaba.

CAPÍTULO XVI

A PESAR DE TODO

«Candy» se acercó a Patricia, indicándole la puerta y repitiendo palabras en chino. De ellas, Patricia tan sólo pudo entender la que equivalía a «oficial».

Comprendió que un oficial la estaba esperando y sintió una viva alegría, mezclada de cierto temor a equivocarse. Se volvió hacia el espejo, arreglándose instintivamente el cabello.

Luego corrió hacia la entrada del hospital. Allí, fumando en silencio, con su elegante y sencillo uniforme, se encontraba el capitán Gatling.

La muchacha sintió un estremecimiento, al tiempo que se ruborizaba. Se dijo que debía contenerse, pues no era conveniente que él lo advirtiese.

James le tendió la mano, sonriendo con cierto embarazo, que no borraba la expresión amarga y dura de su rostro. Retuvo un instante la mano de ella y exclamó:

—Tengo la mañana libre. Si no se parece mal, podíamos dar un paseo en coche.

Patricia asintió.

—No entro de guardia hasta dentro de tres horas. Si entonces estoy nuevamente aquí, encantada.

James asintió.

—Se lo prometo.

Patricia avisó a Evelyn, informándola de que salía a dar un paseo. La enfermera asintió, guiñando un ojo a su amiga.

Subieron al vehículo y marcharon por la polvorienta carretera. Iban ambos en silencio. La muchacha contempló un instante el rostro inescrutable y algo contraído del aviador. No podía imaginar

cuáles serían sus sentimientos, ni la razón por la que iba a buscarla. ¿Se interesaría verdaderamente por ella o sería tan sólo que buscaba alguien en quién descargar su amargura, revelándole el pasado?

Fuera lo que fuera, Patricia no iba a defraudarle.

Gatling no sabía en realidad por qué había acudido al hospital a buscar a la muchacha. Quizás, se repetía, hubiera sido mejor no verla más. Era la conclusión a la que había llegado la noche antes, y también el propósito que tenía aquella mañana. Pero al enterarse de que tenía la mañana libre, se encaminó hacia el parque móvil y pidió un vehículo. Sin un instante de duda, se encaminó al hospital. Pero durante el trayecto se repitió que ella seguía enamorada de su novio muerto y que tan sólo podía esperar una sincera amistad y, también, que él, por otra parte, no deseaba ni esperaba nada más.

Siguieron avanzando y pasaron ante el campamento chino. Un oficial de guardia les detuvo, pidiéndoles los documentos. Hablaba el inglés fluidamente y se excusó, diciendo:

—Se sabe que hay agentes japoneses por las cercanías y debo pedir la documentación a todo el mundo. De todos modos, a usted ya le conozco capitán Gatling.

Siguieron luego, mientras veían cómo los chinos evolucionaban sobre una llanura, fusil al hombro y a las órdenes de los oficiales.

Ninguno de los dos había hablado hasta entonces.

Llegaron, por fin, al lugar en el que el río marcaba un recodo y se detuvieron, contemplando el silencioso paisaje. Nada indicaba que la guerra estuviera tan próxima; ni siquiera que los soldados acamparan por las cercanías.

Patricia comentó:

—Parece un mundo lejano; completamente ajeno al habitual.

James asintió a su vez.

—Sí, nada recuerda lo que hemos dejado atrás.

Hubo una breve pausa, y la muchacha, casi sin darse cuenta, como si expresara su pensamiento, comentó:

—En la vida ocurre lo mismo. Hay sucesos que forman las colinas que nos aíslan completamente del pasado.

James se volvió a mirarla, y por un instante sus pupilas se encontraron. Creyó ella descubrir una luz extraña en aquellos ojos grises y llenos de amargura. Pero enseguida pasó.

El capitán propuso:

—Podíamos pasear. Se está bien aquí.

Saltaron a tierra y avanzaron por el prado, en el cual brotaban las flores. Se aspiraba el perfume del campo y la tranquilidad y la paz parecían reinar sobre ellos.

Los dos jóvenes, en silencio, zarandeados por sentimientos diversos paseaban por allí, casi sin hablarse.

Para llegar al río era preciso saltar un terraplén. Luego la ribera se extendía, cubierta de juncos, mientras sobre la corriente de agua volaban las libélulas y las mariposas.

James saltó el terraplén, volviéndose hacia la muchacha para ayudarla a descender. Ella le tendió los brazos y se apoyó en él. Al saltar, la muchacha cayó entre los brazos del joven; sus manos se habían apoyado en los hombros del oficial. Quedaron muy juntos, mirándose con fijeza. Ninguno de los dos habló, pero su reacción fue instantánea.

Los labios de la muchacha estaban muy próximos y la tenía entre sus brazos. James no tuvo que hacer más que cerrar el abrazo y atraerla hacia sí. Patricia no se resistió y alzó las manos, envolviendo el cuello del aviador.

Luego James se inclinó hacia ella. La muchacha vio el rostro querido muy cerca del suyo y cerró los ojos, sus labios entreabiertos se ofrecían, anhelantes.

Gatling los besó, apasionado. Sentía la extraña sensación de tenerla entre sus brazos, de ver cómo su amor se cristalizaba, sin haber sufrido por la incertidumbre. Sus relaciones habían tenido muy poco de tales. Casi enseguida se estableció entre ellos una ligazón íntima y espiritual.

La estrechó con fuerza y volvió a besarla, sintiendo que una inefable paz se adueñaba de su alma.

Patricia, por su parte, sintió que la sangre le afluía a la cabeza y que el mundo parecía girar en torno suyo. Los labios del aviador la quemaban, pero sentía una dicha desconocida.

Luego inclinó la cabeza en el hombro del aviador.

—James, James.

El piloto la estrechaba con fuerza, acariciándole el cabello y sintiendo una extraña ternura. Pero se encontraba desconcertado. Toda su amargura y toda la dureza de su existencia le hacían

sentirse ajeno a aquella escena, a pesar de que todos sus sentidos y todo su anhelo era aquella muchacha a la que amaba desesperadamente.

Patricia alzó la cabeza y le miró a los ojos.

—James, James, te quiero tanto —susurró.

El piloto volvió a besarla con nueva pasión.

De pronto ella consultó su reloj.

—Es tarde, debemos regresar —dijo al piloto.

Subieron al coche y emprendieron el regreso al hospital. Ella se apoyó en su hombro y preguntó:

—Dime, cariño, ¿me quieres tú también?

Él no respondió, marchando ambos a gran velocidad por la carretera. Patricia entornó las pupilas. No debía preguntar ni pedir nada más. Al fin y al cabo, todo había ocurrido sin proponérselo ninguno de los dos.

Llegaron ante el hospital y Patricia sonrió.

—Adiós, James.

Él la sujetó por el brazo, murmurando:

—Patricia, te quiero, te quiero mucho.

Luego, cuando ella hubo descendido, arrancó violentamente, perdiéndose por la, carretera.

CAPÍTULO XVII

NECESIDADES

El coronel contempló a sus colaboradores, que se habían reunido en la sala de banderas del aeródromo.

El coronel parecía nervioso y preocupado, todo lo nervioso y preocupado que podía aparecer aquel hombre inescrutable y endurecido por una intensa vida de campaña.

Su ayudante permanecía a su lado, golpeando la mesa con la pluma, mientras amontonaba ante él las cuartillas de papel blanco. El teniente coronel Whiteman permanecía inalterable, esperando las órdenes que su jefe fuera a darle.

Price fumaba en silencio. Le preocupaba aquella reunión extraordinaria que había convocado el coronel. Suponía que no sin razón se había apresurado a hacerlo y se preguntaba qué podía ocurrir.

Chennault apoyó el puño sobre la mesa y anunció:

—Señores, he recibido importantes noticias de Washington.

Todos esperaron qué era lo que iba a ocurrir. El coronel añadió:

—Existe una gran presión sobre el presidente para que se disuelvan los «Tiburones del Aire».

Whiteman sonrió con desdén. Pero Price abrió los ojos, asombrado.

—Es absurdo, señor. Éste es el único medio de que nuestros aviadores puedan adquirir la experiencia necesaria en la guerra. No bastan ni observadores ni profesores. La única escuela es la guerra. Por esta razón deberían obligar a todos los pilotos americanos a venir a esta unidad.

Chennault asintió, sin alterarse.

—Eso creo yo. Sería preciso conseguirlo. Habíamos obtenido del

mariscal Chiang-Kai-Chek que nos votaran un crédito superior. Pero faltaba la aprobación de Washington y también el que éstos nos entregaran los créditos que nos hacían falta[3]. Casi se había conseguido ya. Pero hay fuerzas que presionan para que se nos suprima. Pretenden que seamos disueltos.

Whiteman se acarició el mentón.

—¿Se sabe ya algo en concreto?

—No, aún no han decidido nada.

Price quiso saber:

—¿Y no podríamos quedarnos aquí, aunque tuviéramos menos crédito? Al fin y al cabo, nuestro nombre y nuestras victorias acabarían por hacer que nuestros adversarios debieran reconocer nuestra valía.

—Existe una gran dificultad —explicó Chennault—. Es preciso contar con más dinero del que puede proporcionarnos el Gobierno chino. Por otra parte, los pilotos militares, como usted y como yo, necesitamos la autorización del presidente para ingresar en este ejército. De otro modo, deberíamos abandonar para siempre las fuerzas armadas americanas o regresar a nuestro país. Podemos, desde luego, quedarnos aquí y hacer caso omiso de la orden. Pero entonces dejará de ser esta unidad una escuela para los militares y se convertirá simplemente en unidad de aventureros. Eficaz y decidida, pero habrá perdido una de sus mejores ventajas.

Price preguntó aún:

—¿Es oficial esta noticia?

—Me la comunicó oficialmente el general Stilwell[4]. Le vi en mi última visita al Cuartel General. Sin embargo, aún no se ha decidido nada. Hemos enviado a los Estados Unidos el informe del teniente coronel Whiteman, junto con parte de los estadios realizados por el mayor Price. Pronto los tendrá en sus manos el general Arnold[5], y confiamos en que surtan efecto.

Whiteman asintió. Acostumbrado a obedecer órdenes, esperaba los acontecimientos sin discutirlos. Sabía también que las aventuras y los esfuerzos individuales de los soldados en beneficio del ejército, raramente eran apreciados por aquéllos a quienes iba a defender en caso de guerra.

Pero Price no se conformaba con tanta facilidad. Otro oficial de una edad parecida a la del joven preguntó entonces:

—¿Y no existe algún medio de conseguir que estas maniobras fracasen? Es muy triste permanecer aquí cruzado de manos, mientras otras personas deciden nuestra suerte.

Chennault movió la cabeza.

—Es difícil. Tengan en cuenta que todo se debe tan sólo a maneras de entender la política exterior. Nosotros, de eso no discutimos siquiera. Pero desde luego, si consiguiéramos un éxito militar sorprendente, podríamos dar un triunfo a nuestros protectores. Por lo pronto he decidido que el mayor Price regrese provisionalmente a los Estados Unidos y de unas conferencias en los locales del ejército, explicando las notas que ha tomado. El teniente coronel Whiteman marchará, asimismo, a nuestro país, para realizar algunos vuelos acrobáticos, mostrando la práctica que en el manejo de un avión se adquiere en esta guerra. Por último, unos periodistas están dispuestos a ayudarnos y publicarían en una cadena importante de periódicos entrevistas con nuestros pilotos más destacados. No creo conveniente que sea ningún militar profesional, puesto que esto podría interpretarse como un deseo de popularidad. Buscaremos entre los pilotos no profesionales los que se hayan destacado más. Desearía que el teniente coronel Whiteman me diera una lista de nombres.

Whiteman asintió.

—Esta noche la entregaré, aunque, desde luego, considero al capitán Gatling como al más importante.

Chennault asintió de nuevo.

—Desde luego. También nos convendría realizar una acción espectacular que permitiría a los periodistas ensalzar nuestra labor. He estado pensando acerca de esto y creo que la mejor solución es un ataque a la base japonesa de Shangtung.

Whiteman parpadeó, asombrado, mientras Price se inclinaba hacia adelante, sorprendido por la distancia que les separaba de aquel lugar.

—¿Está seguro, coronel, de que los aviones, pueden llegar hasta allí? —preguntó Whiteman.

—Sí, desde luego. Sé que es difícil, pero no irrealizable. El radio de acción de nuestros cazas nos permite llegar y regresar. La dificultad máxima estriba, no en la distancia a recorrer, sino en las horas de vuelo sobre territorio enemigo y sobre el espacio de

tiempo que deberán permanecer en el aire. Creo que lo más apropiado es que se elijan los mejores pilotos para realizar esta aventura. No serán todos, los que vayan. Por tanto, creo que el mayor Price y el teniente coronel Whiteman deben elegir los diez pilotos que van a realizar el ataque y que actuarán bajo mis órdenes en esta acción.

CAPÍTULO XVIII

COMO HABÍAN ORDENADO

Gatling seguía al coronel en su vuelo sobre territorio enemigo. Hacía mucho rato que habían despegado, al amanecer, y se encontraban relativamente cerca de su objetivo. Hasta entonces no habían encontrado aparatos japoneses.

El itinerario fue concienzudamente trazado por el coronel, con ayuda de sus mejores colaboradores, para desviarse de la ruta normal hacia Shangtung y poder llegar allí sin novedad. Hasta entonces habían tenido suerte y no era fácil que nadie pudiera alcanzarles. Siempre existía el peligro de que les impidiesen el regreso, pero el ataque a la base era ya inevitable. Y, sobre su regreso, un aviador nunca sabía si estaría de vuelta después de un paseo sobre tierra enemiga.

La tarde anterior unos periodistas interrogaron a varios pilotos entre los que él se encontraba. Tomaron notas acerca de sus hazañas, del grado obtenido, de cómo lo obtuvieron y del tiempo que llevaban en el Grupo Voluntario Americano. De pronto, uno de ellos, al enterarse de quién era Gatling, comentó:

—Entonces, en caso de disolverse esta unidad, para usted no hay problema.

Fue la primera noticia que tuvo de la posibilidad de que desaparecieran los «Tiburones del Aire». Luego el coronel explicó la necesidad de que el ataque que planeaban fuera un éxito, pues quizás dependiera de ello la existencia del Grupo Voluntario.

Price y Whiteman se disponían a marchar a los Estados Unidos para conseguir que siguieran manteniendo la unidad.

Jamás hubiera creído que esto pudiera impresionarle tanto. Sentía una profunda tristeza al suponer que el Grupo Voluntario

Americano podía desaparecer. Había llegado, sin darse cuenta, a sentirse uno más entre aquellos aventureros del aire. Luego, otro problema acudió a su mente. ¿Qué podía hacer en el caso de desaparecer la unidad? Era su último y único refugio.

Esto le hizo pensar acerca de su porvenir, cosa que no hacía desde niño.

Se daba cuenta de que, de la noche a la mañana, podía convertirse en un vagabundo que careciese de medios de vida y de hogar, Incluso de residencia. Nunca volvería con su familia. La compañía estaba dirigida por un hermano suyo y por un primo lejano, que sabían llevarla adelante. Por tanto, el destino suyo, toda su vida futura, estaba ligada a los «Tiburones del Aire». Esto significaba muchas cosas que él no había imaginado.

No le importaba mucho lo que pudiera sucederle, pero se daba cuenta de cuál era la realidad. Procuró apartar sus pensamientos y concentrarse tan sólo en la labor que debía realizar.

Se iban acercando a Shantung. Sabía la responsabilidad que esto traía y también el peligro en el que se encontraban.

El vuelo iba a ser peligroso. Aunque se encontraran ya relativamente cerca del objetivo, debían atacarlo y después regresar. Si ningún aparato japonés les descubría y podían tener la misma suerte que hasta aquel momento, una vez hubieran realizado el ataque, pondrían en estado de alarma a toda la aviación enemiga, y los supervivientes, al intentar el regreso, se verían envueltos por nubes de «ceros» dispuestos a vengar el ataque.

Se dio cuenta de que podía morir. Y si sobrevivía, en cualquier otra expedición sería abatido.

Volaban muy alto para poder ocultarse entre las nubes, lejos de los observadores enemigos. Se fueron acercando hacia el objetivo contrario.

Chennault, inescrutable, seguía inmóvil en su puesto de mando, dirigiendo el avión. Sabía que estaba en juego la existencia de aquel grupo que constituía la labor de toda una vida. Debía ser un éxito el ataque. Conocía los peligros que existían y por esta causa había querido mandar en persona el grupo que atacase Shantung.

A través de un claro en las nubes divisó la ciudad, y junto a ella el campamento militar, el centro ferroviario y los almacenes militares.

Tomó el micrófono y dio las órdenes a sus aviadores. Luego se lanzó en picado hacia el campamento enemigo. De ser bombarderos, habrían atacado los almacenes o el centro de ferrocarriles, pero al ser cazas debían conformarse tan sólo con realizar unas fantasías sobre el campamento.

A todo gas, los pilotos se lanzaron sobre las tropas japonesas. Veían avanzar hacia ellos la tierra a enorme velocidad, como si fueran a estrellarse. Casi enseguida, pasada la primera sorpresa, el enemigo corrió a defenderse. Pero era tarde. No habían imaginado que nadie pudiera desplazarse tanto de sus bases para irles a atacar. Vieron cómo los grupos de soldados corrían de un lugar para otro, al tiempo que los servidores de las piezas antiaéreas se disponían a hacer fuego sobre ellos.

Los pilotos oprimieron los botones de las ametralladoras y sembraron de ráfagas el campamento. Se veía el hormiguero humano que representaban las tropas, corriendo de un lugar para otro, agrupándose y disolviéndose, en rápidos movimientos. Los cuerpos quedaban en tierra, a lo largo de los regueros de balas.

Los aviones comenzaron, volando bajo, a atacar las piezas antiaéreas. Tableteaban las máquinas y los servidores caían acribillados. Otros se pegaban a sus armas, defendiéndose con desesperación. Un aparato, el del teniente Reynolds, se incendió, estrellándose contra un edificio de madera.

Los demás siguieron atacando las piezas y lanzando ráfagas sobre los soldados que huían. De improviso, Gatling distinguió una amplia tienda en la que se veía ondear el pabellón de un general. Enfocó hacia allí sus ametralladoras y vio cómo las lonas saltaban destrozadas. Luego volvió hacia el campamento. Chennault se lanzaba decidido hacia el parque de coches. Picó y comenzó a ametrallar los vehículos. Otro piloto se colocó a su lado y le ayudó.

Por el campamento militar japonés seguía la incertidumbre y la sorpresa. Aniquiladas una gran parte de piezas antiaéreas, los soldados se encontraban indefensos, no teniendo otro remedio de salir adelante, más que tenderse en los desniveles del terreno y ocultarse tras algún vehículo.

James se elevó, para descender de nuevo. En picado, se lanzó otra vez sobre el campamento. Vio correr nuevos grupos de soldados, a los que asustaba su ataque y oprimió otra vez las

ametralladoras.

Entonces llegó hasta ellos la voz del coronel, ordenando:

—Jefe de vuelo a pilotos. Regresemos. Corto.

Vio cómo el avión de Chennault se alzaba y le imitó, dirigiéndose hacia las nubes. Los supervivientes le siguieron. De los once aviadores, tan sólo siete se hallaban con vida. Los demás habían sido abatidos en el ataque.

Una vez sobre las nubes, restablecieron la formación. Sabían todos que los japoneses podían llegar nuevamente, avisados de su presencia por el ataque y que cualquier descuido en el largo vuelo que les esperaba podía significar una caída en territorio enemigo.

Pronto distinguieron una patrulla japonesa que salía a su encuentro. Todos tomaron las palancas de vuelo, disponiéndose a luchar.

Los «ceros» pasaron junto a ellos, disparando. James se enfrentó con un rápido avión, pulsando el botón de las ametralladoras. A aquella altura, la caída no podía ser más que mortal. Ni uno ni otro podían salvarse. Tan sólo la muerte esperaba a uno de los dos contendientes. Pero la sorpresa estaba ya lograda. Los cronistas extranjeros anunciarían el ataque de la base enemiga, realizado por el Grupo Voluntario Americano. Las bocas de tiburón que adornaban los aviones les habrían servido para identificarles.

CAPÍTULO XIX

DECISIONES

En el campo de aviación, el teniente coronel Longman paseaba inquieto en compañía del capitán ayudante. La noche había caído sobre el aeródromo y aún no habían regresado los pilotos que partieron hacia Shantung.

Todos los aviadores, reunidos en la explanada, paseaban inquietos por la suerte de sus compañeros. El personal del campo permanecía inmóvil, esperando que de un momento a otro se supiera algo acerca de sus compañeros. Se miraban en silencio, sabiendo que la incertidumbre era lo peor que podía ocurrirles.

El teniente coronel comentó, junto al ayudante:

—Tardan mucho.

Price y Whiteman se reunieron a ellos, preocupados por la suerte de su jefe.

De improviso, el telegrafista llegó corriendo, anunciando:

—He captado su mensaje. Están de regreso.

Hubo un movimiento de entusiasmo entre los pilotos y corrieron todos hacia las pistas. Les motores de unos aviones roncaban ya sobre el campo, disponiéndose a aterrizar. Se encendieron las luces y todos vieron cómo cinco aviones iban tomando tierra, sucesivamente.

Chennault abrió la carlinga y saltó a tierra. Los pilotos le rodeaban, al tiempo que sus compañeros de vuelo se iban acercando a ellos, sonrientes y alegres.

Whiteman preguntó:

—¿Y el resto?

Chennault no alteró su expresión.

—Han sido abatidos.

Luego el coronel se encaminó hacia su despacho. Los periodistas habían sido citados y esperaban nerviosos. Cuando le vieron aparecer se acercaron a él, preguntando:

—¿Qué ocurre, coronel?

Chennault les contempló un instante y luego dijo:

—Hoy, aviadores del Grupo Voluntario Americano han atacado la base japonesa de Shangtung.

Se miraron todos con sorpresa. Luego uno de cara pecosa preguntó:

—Pero, díganos ¿cómo ha sido esto? El ataque a Shantung tiene muchos riesgos.

Gatling contempló la escena sin alterarse mucho. Sí, había muchos riesgos. Demasiados.

Lentamente, salió del campo, encaminándose hacia su dormitorio. Necesitaba pensar y tener la mente clara, para poder tomar decisiones; decisiones difíciles y duras.

Era la única solución en bien de los dos. Bueno, corrigió, sonriendo, en bien de ella únicamente. Brice entró en el dormitorio y sonrió, dándole una palmada en la espalda.

—Muchacho, ha dicho Chennault a la prensa que eres uno de sus mejores pilotos y que si aumentan el grupo ascenderás enseguida.

—Hizo una pausa y añadió—: Como yo estaré fuera algún tiempo, te veo ya de mayor.

James se encogió de hombros.

—No me importa. Lo único que deseo es que no disuelvan el Grupo. Me siento bien aquí.

Patricia se detuvo delante del cuerpo de guardia. Estaba nerviosa e intranquila. Hacía dos o tres días que no había visto a James y temía que algo le hubiera ocurrido. Sabía que los pilotos del grupo, habían realizado algunas operaciones difíciles.

Vio un coche que se detenía y reconoció a Gatling en el conductor. Sintió una viva alegría y corrió hacia él. Deseaba abrazarle y decirle que no había dejado de pensar en él un solo instante.

James saltó del coche y le tendió la mano.

—Hola, Patricia. ¿Cómo estás?

La muchacha se sintió un tanto defraudada por aquél frío recibimiento, pero comprendió que se encontraban por allí varios

soldados y que no convenía que un oficial diera que hablar. A una invitación del joven, subió al coche y arrancaron, alejándose del hospital.

Por la polvorienta carretera, avanzaron hasta llegar a un lugar solitario. Allí, James detuvo el coche.

Patricia se sentía desconcertada. No era aquélla la entrevista que había imaginado después de su último encuentro ni tampoco lo que esperaba de aquel nuevo amor que nacía entre ella y el piloto.

Contempló a Gatling, preguntándose a qué podía obedecer todo aquello. Habían marchado ambos en silencio, casi sin mirarse. De nuevo se preguntó ella qué podía sucederle al oficial.

James sacó un paquete de cigarrillos y tendió uno a la muchacha, encendiéndolo. El joven lanzó una bocanada de humo hacia el cielo. Patricia le observaba, preocupada. Algo grave, suponía, debía estar ocurriéndole al joven.

James lanzó al cielo una bocanada de humo y se volvió a la muchacha.

—Han sido estos unos días muy agitados.

Ella asintió, mirándole.

—Sé que habéis estado de operaciones. ¿Habéis tenido muchas bajas?

—Algunas —respondió él.

Incapaz de contenerse, la muchacha se acercó a él, diciendo:

—Yo he rezado mucho para que nada te ocurriera, James. Estaba muy intranquila, pero en el fondo tenía la seguridad de que ibas a regresar sano y salvo.

El esbozó una sonrisa y luego añadió:

—He estado pensando mucho en lo que ocurrió el otro día.

A la muchacha le dio un vuelco el corazón. No sabía por qué, pero su miedo aumentaba.

—Yo también, cariño —respondió ella—. No he soñado más que con verte de nuevo.

James desvió la mirada, apretando las mandíbulas. Ella se dio cuenta de que la mano que sostenía el cigarrillo le temblaba.

—Creo que lo mejor es olvidarlo todo.

La voz con la que Gatling había hablado era sorda y ronca, como impersonal. La muchacha casi no la reconoció, pero sintió como si en su cráneo estallara un obús.

—¿Qué dices?

—Sí, Patricia. Lo mejor es olvidarlo y no continuar algo que es imposible.

Patricia contuvo las lágrimas que acudían a sus ojos. Se repetía que aquello era absurdo. No podía ser que su amor, aquel amor que llenaba de luz su vida, se truncara en el momento de nacer.

—¿Así que no me quieres? —dijo con amargura.

James se estremeció.

—No es eso; al contrario —dijo con viveza.

—¿Entonces? —preguntó la muchacha.

Gatling arrojó el cigarrillo al suelo.

—El amor significa esperanza e ilusiones; anhelos de una vida nueva en común. Todo esto en nuestro caso es imposible. Nos unió la misma amargura y la misma tristeza. No conduciría a nada. ¿En qué vamos a soñar si nuestras vidas han sido truncadas? Tanto tú como yo nos consideramos responsables de la muerte de otra persona. Lo único que tengo que ofrecerte es este rincón de China, maltratado por la guerra; este rincón al que no te trajo más que el deseo de purgar un pasado que te priva de toda felicidad. No, Patricia, nunca seríamos felices contemplando el fantasma de nuestra dicha truncada. Es mejor así.

La muchacha calló, por miedo a no su llanto.

Además, por orgullo, prefería no revelar las ansias de dicha que guardaba en ella. Por otra parte, aquel rincón de China constituía ya su mundo.

En silencio, reemprendieron el regreso al hospital.

CAPÍTULO XX

LOS ÚLTIMOS INSTANTES

Patricia, tendida en el camastro, mantenía la vista fija en el techo de la habitación. Todo había concluido. James se alejaba de su vida para siempre. Se decía que nunca supo lo que era el amor mientras sostenía relaciones con Ralph. Cuando hablaron de matrimonio, ella fijó sus condiciones, no aviniéndose a romperlas. En cambio, con el capitán no existía para ella la menor duda. Su vida, la de Gatling, sería la de ella y las cosas que él amara sería lo que ella amase.

«Candy» la llamó, anunciándole la visita de un aviador. Se estremeció, pero enseguida fue informada de que se trataba del mayor Price. Se arregló y salió al encuentro del oficial.

Price la tendió la mano y sonrió.

—Quizás la he molestado, Patricia —dijo a modo de excusa—, pero deseaba despedirme de usted. Dentro de poco, un coche me llevará a la estación.

Sorprendida, la muchacha preguntó:

—¿Deja usted el Grupo?

—No, simplemente voy a Estados Unidos. Si desea algo, no tiene más que decírmelo. Estoy a su completa disposición.

Patricia asintió. No tenía nada que enviar a sus parientes, ni tampoco nada que decirles.

—¿Ha conseguido un permiso?

Price sonrió.

—No es eso exactamente. Verá, debo dar un ciclo de conferencias en los centros militares, como propaganda de los «Tiburones del Aire». Hay peligro de que nos disuelvan.

Ella parpadeó, asombrada.

—¿Disolverles? ¿Por qué?

—En todas las naciones existen elementos conservadores que odian al aventurero. Ésta es sencillamente la razón por la que desean disolvernos. Para algunos —añadió, pensativo— representaría un problema. Son hombres que no tienen otro medio de vida.

Fue como un mazazo para Patricia. Price continuaba diciendo:

—En fin, es de esperar que lleguemos a tiempo. —En aquel instante, unos motores de aviación roncaban sobre el hospital. Price alzó la cabeza y dijo: Quizás sea el último vuelo de patrulla de los «Tiburones del Aire». Sonrió, añadiendo: —En fin, adiós, Patricia. Celebraré volver a verla cuando regrese de América, si es que regreso.

El aviador se fue, subiendo al vehículo que le esperaba. La muchacha quedó un instante inmóvil. Creía comprender la actitud de James. Si disolvían el Grupo Voluntario, no tenía porvenir ni medio de vida. Pero esto a ella no le importaba. Su único deseo era seguir a su lado, siempre, siempre.

Decidida, echó a andar hacia el aeródromo. Era preciso hablar con él. Necesitaba desvanecer aquel último equívoco y saber cuáles eran sus sentimientos. Si la amargura era lo único que pesaba en el carácter del joven piloto, ella estaba dispuesta a dar su vida para acabarla.

Poco a poco fue aumentando la velocidad de su paso. Del aeródromo despegaban los distintos aviones que formaban las patrullas diarias. Temía llegar demasiado tarde.

En la puerta del campo, el oficial de guardia quiso detenerle el paso, pero al fin, reconociéndola, la dejó pasar.

Corrió hacia el club de oficiales, sintiendo que el corazón le latía con más fuerza. Era preciso que hablara con James. En el club de oficiales se encontraban varios pilotos, charlando y conversando, pero no figuraba James entre ellos. Bain, restablecido ya, se acercó a ella, sonriendo.

—¿Qué tal, Patricia?

La muchacha explicó:

—Busco al capitán Gatling. ¿Sabe dónde está?

Bain se volvió, repitiendo la pregunta. Un piloto dijo:

—Tiene servicio de patrulla.

Patricia se estremeció. Debía hablar con él enseguida.

—¿Ha despegado ya?

—No sé —respondió el piloto.

Otro seguía diciendo:

—En caso de que nos disuelvan, me parece buena la idea de Gatling. Me alistaré con él en el ejército chino.

Patricia se volvió hacia Bain.

—Necesito ver a James. ¿Dónde puedo encontrarle?

El teniente la contempló un instante y luego dijo:

—Quizás aún lleguemos a tiempo. Venga.

Salieron al campo en el momento en que despegaban unos aviones. Bain se protegió la vista con las manos.

—Ése es el capitán.

Patricia se mordió los labios. Imaginaba la amarga dureza del aviador, pero ella no estaba dispuesta a dejarle. Aunque no fuera más que un oficial del ejército chino, seguiría a su lado.

—Necesito hablar con él —repitió—. Es muy urgente.

Si algo le pasaba mientras volaba, nunca se lo perdonaría. Bain asintió.

—Vamos a la torre de radio.

Corrieron hacia la estación emisora y el teniente habló con el sargento encargado. Éste asintió, diciendo:

—Si es cosa del capitán Gatling, no me puedo negar.

Tomó el micrófono y advirtió:

—Torre de radio a capitán Gatling. Torre de radio a capitán Gatling. Responda. Corto.

Patricia, emocionada, prestó atención. Casi enseguida, la voz de James respondió por el altavoz:

—Capitán Gatling a torre de señales. Le escucho. Corto.

El sargento tendió el micrófono a la muchacha, invitándola a hablar. Ella aceptó, aspirando hondo. Sentía una profunda emoción y una gran ternura.

—James —dijo—, soy Patricia. Sé lo que ocurre. Si es por esta razón que pretendías romper conmigo, no tienes motivo. Te quiero con toda mi alma y mi esperanza y mi sueño es estar a tu lado, donde sea que estés. Nada más que tu cariño me importa en el mundo y esto ya me basta para ser feliz. Contéstame si me quieres, amor mío. Yo no deseo otra cosa. Soy feliz en China, porque estoy

contigo.

Calló, contemplando, impresionada, el altavoz por donde debía hablar él. Esperó unos segundos, sintiendo los latidos de su corazón. Luego oyó la voz de James que decía:

—Patricia, te quiero. Comprendo ahora que todo se arreglará y que todo será distinto. Espérame al regreso, que iré a buscarte. Corto.

La muchacha no pudo contener sus lágrimas de júbilo.

En el despacho del coronel, Chennault leía una carta a su ayudante.

—Me dicen —explicó— que nuestra última hazaña ha causado mucha impresión en los Estados Unidos. Seguramente votarán el crédito que necesitamos para aumentar el grupo. Algunos capitanes ascenderán a mayores en breve.

Mientras, las patrullas se alejaban, extendiendo por el cielo de China la gloria de los «Tiburones del Aire».

FIN

SU ESPOSA, HERMANA, NOVIA, MADRE,
O CUALQUIERA DE SUS AMIGAS le agradecerá que les regale el «Manual Cisne» que lleva por título

Mariquita Cocinera

Por muy prosaico que pueda parecer, es muy cierto que al corazón del hombre se llega por la cocina.

Una mujer que sepa guisar, conquistará más fácilmente al hombre que desea, si sabe demostrarle prácticamente que la cocina no encierra secretos para ella.

El guisar bien es esencial en la vida ya que embellece un acto forzado e inevitable. Tenemos que comer para vivir. Comamos bien. Y para comer bien hay que guisar bien, lo cual se consigue facilísimamente con el MANUAL CISNE.

Mariquita Cocinera

Edición muy manejable a tamaño de bolsillo
y con un precio sorprendente

¡4 pesetas ejemplar!

CUATRO MANUALES

prácticos en los que usted
encontrará lo que interesa.

1.º *200 MODELOS DE CARTAS*
(7.ª edición)

2.º *CARTAS DE AMOR Y DE ODIO*
(5.ª edición)

3.º *SECRETARIO DE LOS AMANTES*
(5.ª edición)

4.º *DECLARACIONES DE AMOR*
(5.ª edición)

La colección más completa en todas clases
de modelos de cartas, dedicatorias, esquelas,
felicitaciones en verso y prosa, etc. Lo que
usted busca forzosamente lo hallará en cual-
quiera de estos primorosos volúmenes que le
ofrece

EDITORIAL CISNE

Precio del ejemplar: 4 Ptas.

Venta en librerías

Pedidos a

COMERCIAL GERPLA

Unión, 21

Barcelona

**SI ES USTED UN HOMBRE MODERNO
YA DEBE CONOCER LOS MANUALES
CISNE**

Si los desconoce... ¡NO PIERDA UN SEGUNDO!

No se retrase y seleccione las materias que prefiera y en poco tiempo estará a la altura de sus semejantes.

NOSOTROS LE COMPRENDEMOS

Usted quiere leer algo y distraer sus ratos libres sin forzar el cerebro en intrincados asuntos. ¿NO ES CIERTO?

Bien, pero lo que quizá no sepa usted es que los MANUALES CISNE instruyen y deleitan a la vez. NO SEÑOR... LOS MANUALES CISNE no DEBEN ni PUEDEN faltar en su hogar. Además de completos, son amenos, instructivos y baratos.

En las diversas materias que abarcan los tomos de MANUALES CISNE, todo aparece expresado de manera clara y sencilla, comprensible para todos.

NO OLVIDE que puede pasar un rato agradable leyendo algo que a la vez le instruirá y hará de usted «un enterado» en la materia que desee.

**SON UTILES, AMENOS, PRACTICOS, Y
SU FORMATO MUY MANEJABLE.**

Por todo ello se lo recomendamos.

EL MUNDO EN SU MANO

con

ENCICLOPEDIA PULGA

AYER · HOY · MAÑANA

Toda la Cultura del Universo
en la

ENCICLOPEDIA PULGA

CIENCIA · ARTE · VIAJES · LITE·
RATURA · HISTORIA · RELIGION
· FILOSOFIA · MITOS, ETC. ETC.

PRECIOS

Volúmenes sencillos	1,50 Ptas
» especiales	2,50 »
» extraordinarios...	5,00 »

VENTA EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Exclusivas

GERPLA

Unión, 21 - Barcelona

GRÁFICAS GUADA, S. R. C. — Rosellón, 24 — Barcelona

NOTAS

[1] Caramelos, en inglés. < <

[2] En Inglaterra y en América una pluma blanca es el emblema de la cobardía. < <

[3] Los «Tiburones del Aire» recibían dos pagas, una del gobierno chino y otra del americano. Así mismo, los fondos de la unidad eran suministrados por los dos países. Por otra parte, los militares profesionales podían servir en aquel grupo de combate, sin causar baja definitiva en las fuerzas armadas americanas, contándoles para los ascensos el tiempo servido en China. < <

[4] General americano que era consejero del mariscal Chiang-Kai-Chek. Equivalía al jefe del cuarto o casa militar. < <

[5] Jefe de la aviación militar americana. < <